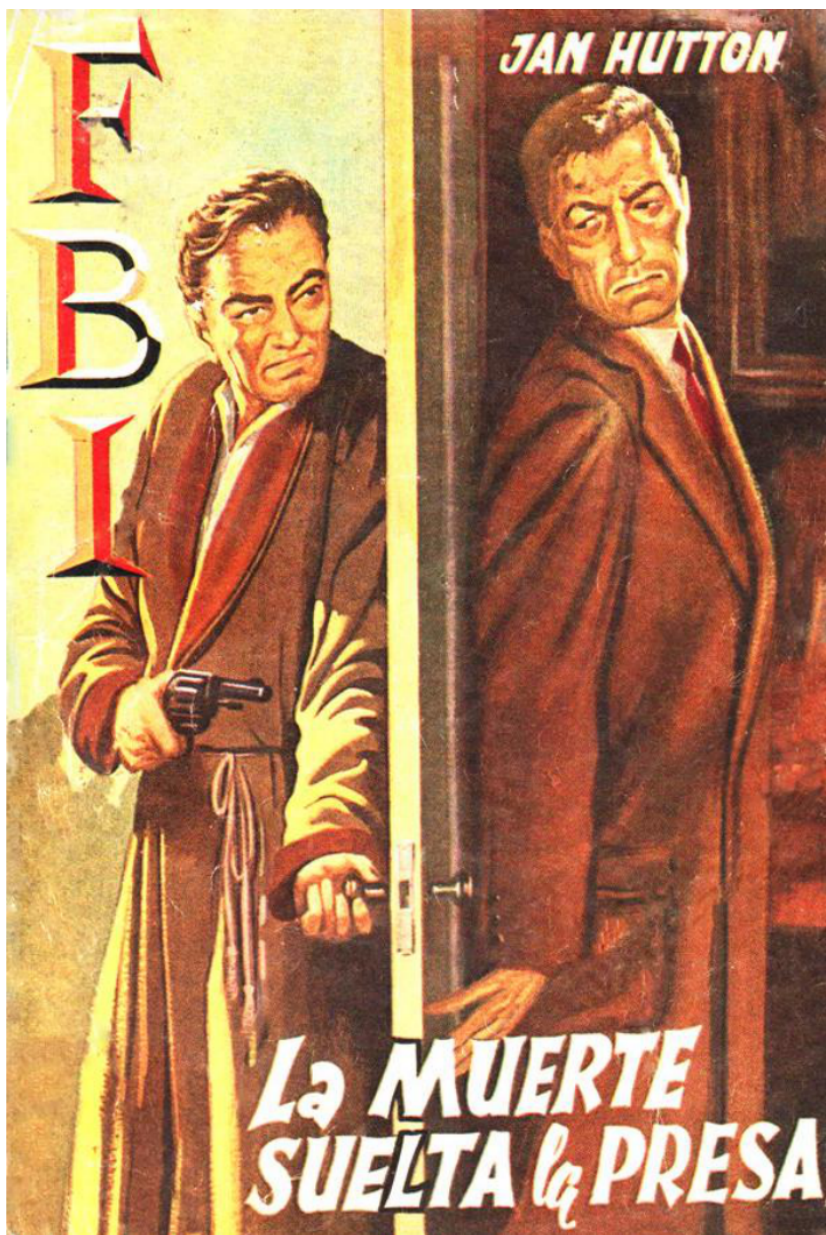




FBI

JAN HUTTON

La MUERTE
SUELTA & PRESA

IAN HUTTON

La MUERTE no SUELTA la PRESA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid 1957
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

100. Yo, Director del F. B. I. (1).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
211. La muerte ronda (33).
215. Reportero de sucesos (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
225. Muerto en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victoria (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (42).
239. Entre la espada y la pared (28).
240. Los sospechosos (40).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policíaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Con los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el repo (28).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
263. Pistas borradas (4).
264. Callejón sin salida (5).
265. Sombras de Nueva York (42).
267. ¡Pánico! (4).
268. Hundida en el cieno (44).
269. La banda de los sbuhos.
270. Inspector especial (42).
271. Testigo, la luna (5).
272. Tres muertos para tres (48).
273. Huyendo del pasado (30).
274. Manos sucias (4).
266. Escondite para un cadáver (8).
275. El elefante blanco (49).
276. Al margen del deber (21).
277. Al servicio de la Ley (42).
278. El precio del rescate (28).
279. Tres ramas de un mismo
280. Un hombre busca su
281. El fiscal asesinado (9).
282. Valija diplomática (30).
283. Misterios de Chicago (4).
284. ¡Expulsado! (37).
285. Diamantes rojos (42).
286. La trampa (5).
287. Mister Warren descubre al asesino (41).
288. El último asalto (30).
289. Mafiosos (4).
290. La muerte al volante (45).
291. Espías en el infierno (46).
292. Emigrante del terror
293. Habilidad criminal (42).
294. Una grieta en el telón de acero (4).
285. ...y plomo en el corazón (8).

304. "Great Street" (47).
 305. "Hacienda de la ciudad" (48).
 306. "Dixie" (42).
 307. Tres sentenciados (30).
 308. Nacional 71177 (21).
 309. La amenaza de Morris (4).
 310. Yo te defendo (28).
 311. El humo llevaba sangre (9).
 312. Razza (30).
 313. Injusta acusación (42).
 314. La conciencia me acusa (4).
 315. Nattie escapa a su delito (48).
 316. El pandillero (5).
 317. El último ataque (30).
 318. Sobre un hombre (21).
 319. ¡Yo lo maté! (44).
 320. Dueño en las sombras (28).
 321. Falsa coartada (30).
 322. Rehenes (4).
 323. Noche sin amanecer (5).
 324. El Inspector Dirac investiga (42).
 325. Exterminio (30).
 326. Cerco de sangre (44).
 327. Hora decisiva (5).
 328. La muerte viene en clave (41).
 329. John y la Audax (4).
 330. Mensaje secreto (28).
 331. El renegado (5).
 332. El testigo amordazado (3).
 333. Por la espalda (44).
 334. Ayer fui asesinado (4).
 335. De cebo, un "gangster" (28).
 336. Barrera de odio (42).
 337. La caza de Jucky (9).
 338. Happy sabe cumplir (17).
 339. Doble enigma (30).
 340. Acusa el testigo (21).
 341. El "boss" está servido (4).
 342. El robot y la muñeca (37).
 343. El castigo del mal (42).
 344. ¡Y no soy culpable! (3).
 345. Niebla en el pasado (28).
 346. Chantaje en Tokio (50).
 347. ¡Logaa vuelvel! (30).
 348. Ella y el "gangster" (17).
 349. La hestia (5).
 350. Descenso al abismo (37).
 351. Tras el telón de bambú (51).
 352. El verdugo soy yo (4).
 353. Ha muerto un valiente (17).
 354. El pequeño "boss" (23).
 355. Amarga victoria (28).
 356. Una gota de sangre (28).
 357. Práctica obsesión (42).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Mans. | (20) Andre O'Sun. | (38) Gary Belsan. |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fel Marty. | (39) Paul Coster. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell- |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Galiard. | gon. |
| (5) O. C. Tavin. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cunt- |
| (6) Alar Benet. | (25) Josep Tell. | ter. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | son. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (11) Thomas Settes. | son. | son. |
| (12) John Nebot. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones |
| (13) Thomas Wan- | (31) Sand Buri. | (46) Richard Har- |
| ton. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (14) E. N. Graw. | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| (15) Robert Deaf. | (34) Don Laestler. | (48) Leo Mason. |
| (16) Alan Carson. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (17) Al Cortina. | (26) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (18) Jack Grey. | maa. | mary |
| (19) Edgar Ford. | (37) Angela As Tar- | (51) M. Sazdrovitch |
| | taria. | |

I



L encargado del dormitorio arrugó el ceño.

El cuerpo de una persona acababa de interponerse entre él y la luz.

Pero era su trabajó. Sus dos manos sostenían un periódico de la noche. Se limitó a dejar el diario entre los dedos de una y alargar la contraria.

Sólo cuando el recién llegado puso un papel sobre su palma extendida, el encargado levantó la vista, extrañado.

La tarifa por ocupar un sitio en el dormitorio general costaba unos centavos. Sin embargo, habían puesto un dólar en su mano.

No pudo ver la cara del hombre parado ante él. Además, el recién llegado interceptaba la luz de la lámpara situada más allá, de

forma que toda su parte delantera, la que enfrentaba al encargado, quedaba casi en la oscuridad.

Aunque observó que no tenía patente en sus ropas ni en su actitud la extrema miseria de los asiduos concurrentes al establecimiento.

Se pasó de un lado al contrario la colilla de puro que colgaba de sus labios y esperó.

Era lo mejor que podía hacer. Sus dedos se habían cerrado en torno al billete.

—¿Está Gaume?

Una pregunta formulada en voz baja, que obtuvo una respuesta negativa.

—¿Vendrá?

—Poco probable —silabeó, entre dientes el encargado—. Hace tres noches que no aparece.

El encargado seguía sentado. El extraño visitante, en pie ante él.

El primero percibió el ruido producido por el roce de papel contra papel.

Un segundo después, otro dólar era puesto entre sus dedos.

Y el desconocido, quiso saber a cambio del nuevo billete:

—¿Quién de éstos le conoce?

Señalaba, al mismo tiempo, el dormitorio, pésimamente iluminado.

Pasó su mirada el encargado por las filas paralelas de durmientes.

—Creo que el cuarto de la primera cuerda. ¿Le despierto?

—No. Yo lo haré.

La vista del empleado no bajó ya hacia el periódico. Siguió las espaldas del desconocido, que entraba en la sala.

Era una nave pequeña y rectangular. Una lámpara de las usadas en los billares para iluminar directamente cada mesa de juego, con pantalla verde, pendía del techo, en el centro.

A lo largo, una serie de bancos iguales, ennegrecidos por el uso continuo, pobres como el resto de todo lo que componía el dormitorio común: cuatro paredes más negras de suciedad que blancas, acaso su color primitivo. Y, por fin, lo que daba carácter al lugar: por cada banco, una maroma gruesa situada a la altura aproximada de la cintura de una persona.

Estas cuerdas estaban tendidas de extremo a extremo de la sala, sobre uno de los bordes de cada banco y sujetas a los dos muros paralelos por pequeñas argollas de hierro.

Había, cuando entró el desconocido, unas dos docenas de durmientes, sentados sobre los bancos y con los brazos sobre las cuerdas, las cabezas pendientes, los cuerpos apoyados en los brazos y en las cuerdas.

Costaba muy poco pasar allí la noche, unos centavos tan solo. Y aquellos tipos roídos por la miseria, sin ánimo para otra cosa que para arrastrar su extrema pobreza, los pagaban gustosos, porque, a fuerza ya de la costumbre, conseguían dormir en semejante postura. Además, pasaban la noche a cubierto, sin molestias por parte de la Policía.

El desconocido avanzó hasta el hombre que le señalara el guardián, el cuarto de la primera cuerda.

Seguía el visitante con el sombrero encasquetado, bajada todo lo posible el ala sobre los ojos.

Zarandeo suavemente al que dormía.

Éste gruñó algo y siguió durmiendo. Sólo a la tercera vez abrió los ojos.

Se los restregó sorprendido.

—¡Eh! —exclamó.

En sus ojos, cargados de sueño, no brilló el enfado por la interrupción del desconocido.

Estaba hecho, como el resto de sus compañeros de dormitorio, a toda clase de molestias.

Vio al que le despertaba sin ninguna curiosidad. Y tampoco pareció molestarse cuando le hicieron la primera pregunta:

—¿Conoces a Gaume?

No contestó. Podía ser aquel tipo uno de la Policía. Que se las apañara por sus propios medios. Si buscaba a Gaume, no sería para nada bueno.

Por eso, sin contestar, intentó seguir durmiendo.

Entonces el desconocido se inclinó hasta él, rozándole casi la cara con el ala del sombrero.

—¿Te gustaría ganarte un dólar?

La proposición inesperada cambiaba de golpe la situación.

Esta vez la mirada del miserable buscó el rostro del otro.

—Tal vez —murmuró.

—Toma uno. Dime: ¿dónde se mete Gaume?

—¿Para qué le busca? Gaume es mi amigo.

—Para él hay más de dos dólares. Le harás un favor. ¿Hace mucho que no viene por aquí?

Unos días.

—¿Dónde se mete ahora?

—Ya no tiene para dormir aquí.

—Comprendo. Vamos, habla. Te daré otro billete al terminar.

Conversaban en voz muy baja, acaso para no despertar a los más próximos. La voz del amigo de Gaume se convirtió en un susurro apenas audible:

—Ha encontrado un refugio en una casa deshabitada.

—¿Dónde está esa casa?

El rufián estiró la mano, sonriente otra vez.

—Toma. Yo tengo otros muchos billetes. Y puedo ayudar a los que se porten bien conmigo.

Por el momento, dos dólares tenían un valor inapreciable para aquel sujeto. Y los apretaba entre sus dedos.

Pensó que acaso lograra sacarle más al que se interesaba por Gaume. Pero temía estropear el negocio ya realizado... No estaba acostumbrado a que le dieran dinero sin ningún interés a cambio. Incluso sospechó que podía perjudicar a su amigo Gaume.

Sin embargo reveló las señas que le pedían.

—Gracias —dijo la voz del desconocido, y se incorporó. Antes de marcharse tuvo un rasgo de humor—: Procura ver a Gaume antes de que se beba el dinero que le tengo preparado. Recuérdale que fuiste tú quien me dio la dirección.

—Oiga, míster.

—¿Qué?

Otra vez la mano del miserable se tendió hacia él, arrancándole una sonrisa apenas perceptible. Le entregó un tercer billete.

—Gracias. Usted sabe... es tan...

No acabó la frase. El hombre misterioso se dirigía ya hacia la salida del dormitorio.

Dos miradas le siguieron hasta que atravesó la sala y el pequeño cuarto ocupado por el vigilante.

El cliente se levantó del banco. Ahora podía salir de allí, hasta

que se le acabaran los dólares.

El guardián, por su parte estaba rabioso. Arrugó el periódico, arrojándolo al suelo.

Un pensamiento de reproche para consigo mismo le cruzaba el cerebro: al tipo aquél podía haberle sacado más dinero. Cuando soltaba de semejante forma los billetes, era por algo.

—¡Maldita sea mi estupidez! —farfulló, entre dientes.

El que acababa de ser interrogado después que él, pasó, ya despabilado, hacia la puerta.

Le dejó adelantarse. Si se le había ocurrido la misma idea que a él, le iba a pesar.

Salió detrás, dispuesto a que la noche resultara fructífera.

La calle estaba solitaria. Miró el encargado del dormitorio en ambas direcciones.

Vio cómo el miserable atravesaba la calzada. Algo más abajo, en la acera contraria, un infecto bar abría hasta la madrugada.

Bueno; ése no le estorbaría para lo que pensaba hacer. Mejor para todos.

Aunque su proyecto quedó en eso, en una idea solamente, porque el desconocido había desaparecido en la noche.

Recorrió la calle, arriba y abajo un buen trecho. Ni rastro del fulano adinerado.

Cuando regresó a su puesto, el guardián estaba rabioso. Había perdido —pensaba— una gran ocasión.



V A L I E N T E S

Valientes hasta la temeridad son los protagonistas masculinos de esa única serie de aventuras modernas en los ambientes más interesantes.

V A L I E N T E S

es una Colección que emociona por sus dramáticos argumentos, a la vez que enseña deleitando. Es destinada a

HOMBRES Y MUJERES

II



ENTRO de la noche existía menos oscuridad que en aquella escalera.

En tiempos había sido una casa de apartamentos baratos. Pero de esto hacía, por lo menos, tres o cuatro años.

Después, a raíz de un incendio, la casa quedó vacía y a punto de desmoronarse sus muros calcinados.

La miseria se unió al abandono, cuando algunos seres casi infrahumanos eligieron aquellos restos para esconderse.

Unos para esconderse; aunque los más, simplemente, porque carecían de un sitio donde guarecerse.

Así, poco a poco, hoy un trozo de habitación, mañana otro, lo que fuera una casa y era un montón de ruinas quedó de nuevo habitado.

Existen muchos Jugares semejantes en el mundo. Lugares de los que escaparían los cerdos, y que son aprovechados por seres

humanos para vivir.

Para Lowell, sin embargo, aquellos muros encerraban algo tan preciado como un montón de billetes de los grandes, de los que arrastran, tras la consabida unidad, dos y hasta tres ceros.

Para Lowell estaba allí, precisamente allí, y no en cualquier otra parte del universo, la única posibilidad que le quedaba.

Durante varios días estuvo dedicado a familiarizarse con aquel edificio ruinoso.

Durante otros tantos siguió, paso a paso, el arrastrarse de calle en calle de aquel hombre que iba a ser su única salvación.

Eso durante la noche, pues con la luz del día Lowell se encerraba en su madriguera, tensos los músculos, agudizados los sentidos, esperando escuchar los pasos fatales que llegarían en su busca.

Tres meses de acoso incesante, de persecución, cerrando más y más el círculo en torno a una persona, era un lapso de tiempo suficiente para que Lowell se convirtiera en algo parecido a una alimaña, a una fiera con rostro humano, dispuesta a todo.

Lo único que le quedaba era una esperanza. Estaba representada por un rostro demacrado, por unos ojos en los que ardía el odio y la miseria, por un traje raído y hecho jirones, por unos zapatos rotos, con cartones sustituyendo a las suelas.

Se trataba de un detritus humano, de un recuerdo de hombre, perdido muchos meses atrás entre el alcohol y el hambre, lleno de suciedad, de miseria física y moral.

Lowell subía lentamente la escalera. Un paso en falso podría serle mortal. Y ahora, precisamente ahora, se acercaba a su propia salvación.

No quería estropearla. A la derecha se abría el vacío. La escalera, apenas sostenida por algunas vigas de su antigua estructura, había quedado como colgada, mientras se desplomaba toda a parte derecha del edificio.

Al lado contrario, al izquierdo, se mantenía en pie un buen trozo de la antigua casa, varias habitaciones sin puertas la mayor parte, sin cristales ni maderos en las ventanas, con trozos de suelo que fueron arrancados violentamente de su sitio durante el siniestro.

En uno de esos rectángulos se encontraba el hombre que buscaba Lowell.

Más arriba, un trozo de cielo estrellado se colaba a través de un

desgarrón del techo.

Penetraba por el hueco un poco de luz, muy débil, sin embargo, para desvanecer la oscuridad reinante.

Pero le sirvió a Lowell para situarse en las tinieblas.

Sólo le quedaba ya un trozo de escalera, dos toamos exactamente.

Los subió con iguales precauciones que los anteriores, hasta llegar a un hueco más negro que la oscuridad circundante.

Al otro lado de ese hueco había una persona. Lowell le adivinaba aplastada contra la pared, temblando de miedo.

Sin duda, aquella persona, Gaume, había escuchado cómo unos pasos subían poco a poco la escalera. Y al pararse ante su habitación las pisadas, se agazapaba en la oscuridad, esperando.

Lowell retuvo su respiración para escuchar. Percibió un roce de algo que se movía lenta, muy lentamente.

Tal vez, Gaume estaba empuñando un arma cualquiera, un cuchillo o una simple estaca, creyendo que tendría que luchar.

Un hilo de luz iluminó las paredes ennegrecidas de la habitación.

Partía de la mano del visitante y buscaba al ser guarecido en aquellas ruinas.

La luz le cazó agazapado en un rincón, desorbitados los ojos, contraído el cuerpo para saltar.

—¿Qué... que quiere usted?

—Hola, Gaume.

El foco le cegaba. Lowell no se había equivocado; sus dedos se crisparon sobre un trozo de ladrillo.

—Tira eso, Gaume —le pidió, con suavidad el visitante nocturno—. No te haré ningún daño. Vi a un amigo tuyo, en el dormitorio, y me dijo dónde estás. Por eso estaba seguro de que té encontraría aquí.

Gaume no contestó. Tampoco había soltado el ladrillo. Estaba asustado. Se pasó la lengua pollos resecos labios.

De pronto, la linterna se apagó. Gaume oyó los pasos del desconocido acercándose a él a través de la sórdida habitación.

Le notó allí mismo al poco, pegado casi a él. Pero no intentó defenderse. La voz de aquel hombre, fría y serena, sonó en el silencio:

—Tienes suerte, Gaume, de que te haya encontrado.

Las palabras de Gaume estaban impregnadas de temor cuando, al fin, pudo hablar:

—Es de la Po... licía. Yo no he hecho nada. Yo...

—Te equivocas. Soy un amigo. Vengo para proponerte un negocio, un gran negocio para ti.

Los dedos del visitante buscaron al miserable.

Al tocar su hombro, Gaume estuvo a punto de saltar hacia atrás.

—No te asustes. Toma. ¿No quieres un cigarrillo?

Lo aceptó, encendiéndolo con la lumbre, que también le ofreció el desconocido.

Hacía semanas enteras que no fumaba otra cosa que colillas.

A través de la débil luz emitida por las brasas de los dos cigarrillos, los ojos del desgraciado trataron de descubrir inútilmente: la cara de aquel hombre misterioso.

—¿Podemos hablar aquí sin que nos escuchen?

Hizo un esfuerzo Gaume para asegurar:

—Sí... A estas horas estoy yo solo. Los otros salen antes. Y la casa más cercana está al lado del descampado, a más de veinte yardas.

—Lo sé. Me refería a gente que viviese aquí; como tú. Toma. Esto te tranquilizará.

Le metió entre los dedos un pequeño fajo de billetes, obligándole a cerrarlos sobre el papel moneda.

—Habrá bastantes más si me haces un pequeño favor. Yo sé pagar a los que ayudan.

Advirtió el visitante la vacilación de Gaume en aceptarlo. Acaso creyera que se trataba de un engaño.

Encendió la linterna, proyectando la luz sobre la mano del miserable.

—Convéncete. Es dinero bueno. Compruébalo tú mismo.

Los ojos de Gaume chispearon de alegría al ver que, en efecto, se trataba de billetes.

Al apagar de nuevo la linterna, el desconocido acercó sus labios al rostro del otro, hasta casi rozarle.

—Te daré quinientos dólares a cambio de un favor.

Oyó cómo Gaume tragaba saliva. Esa cantidad debía representar para él una fortuna.

—Quinientos —repitió, repitió, remarcando cada sílaba. Luego: —¿Qué... qué debo hacer?

—Voy a ser franco contigo. Durante más de una semana te he seguido los pasos, hasta conocer bien tu situación. Es más que desesperada. Por eso acudo a ti. Necesitas dinero. Yo puedo dártelo a cambio de tu ayuda.

—Sí.

—Es muy fácil lo que debes hacer. A mí me persigue el F. B. I.

La sonrisa que debía iluminar el rostro de Gaume seguro que se apagó al oír el nombre de la famosa entidad.

—Mi situación es apurada. Ya ves que te hablo sinceramente. Me han acorralado.

—No comprendo. Yo...

—¿Te acuerdas de míster Lowell?

—¡Oh, sí! Él fue bueno conmigo cuando... aquello.

—Tú tenías una hija. Te gustaba demasiado beber. Míster Lowell te dio dinero cuando te echaron del trabajo por ese vicio. ¿Lo recuerdas, no? —volvió a inquirir el desconocido.

—Me dijeron que se oponía a mi expulsión. Pero él sólo contra todos...

—Té echaron, y ocurrió lo que había previsto Lowell. Empezaste a resbalar por la pendiente. Cuando se te acabó el dinero que te dio él, fue mucho peor para ti. Un día...

Algo semejante a un sollozo surgió del pecho de Gaume.

La voz del visitante continuó, inflexible:

—Un día regresaste a casa completamente borracho. Tu mujer y tu hija dormían. Tú anduviste en el gas, sin darte cuenta de volver a cerrarlo.

Las manos de Gaume buscaron la garganta del hombre que estaba recordando su pasado.

Una voz ronca, estremecida por el dolor y la rabia, profirió:

—¡Calle, o le mato! ¡Cállese!

El visitante le rechazó con fuerza contra la pared.

—No, Gaume. Me oirás hasta el fin. Se despertó tu mujer a tiempo de salvaros la vida a los tres. Pero aquello desbordaba el vaso de amargura. Cogió a la pequeña y huyó. No has vuelto a saber de ellas.

Gaume sollozaba, entrecortadamente.

—Desde entonces empezó lo peor para ti. Porque ya no te quedaba nada, absolutamente nada por qué luchar. Te hundiste en el fango definitivamente. Mientras te mantuviste en un sector de la ciudad, míster Lowell te enviaba dinero de cuando en cuando. Hubiese hecho más por ti, pero sabía que todo era inútil.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Espera. Después te lo diré. Míster Lowell y tú os parecíais físicamente como dos gemelos. Los empleados solían gastar bromas sobre ese parecido sorprendente. La misma cara, casi igual corpulencia y estatura... Tú decías que si llegabas algún día a tener dinero te ibas a vestir como él, yendo a sus despacho y haciéndote pasar por su persona.

Tras una breve pausa, en que el visitante estudió la reacción, que producían sus palabras en Gaume, continuó:

—Pues bien: a Lowell le fueron mal también las cosas. Un día tuvo que huir, perseguido por el

F. B. I.

Le persiguieron a través de media nación. Cuando llegó a esta ciudad, se acordó de ti. Mientras seguía huyendo de los agentes especiales, te buscó. El cerco se ha ido cerrando. Tardarán dos o tres días, una semana a lo sumo en cogerle, si antes no consigue salir de la ciudad.

—Y quiere que yo le ayude. Pero ¿cómo? ¿Qué puedo hacer yo, un...?

—Verás; el riesgo es mínimo para ti. Hay un cordón de agentes especiales en torno al sector donde han encerrado a Lowell. Tu trabajo consistirá en venir conmigo. Te vestirás con mis ropas.

—Entonces, ¿usted es míster Lowell!

—Sí.

—Usted era persona influyente. Usted tenía muchos amigos. Y, sin embargo...

—Deja eso, Gaume. Lo importante es que me ayudes. Una vez que estemos en uno de los puntos de vigilancia, tu lo atravesarás.

—Pero me detendrán en seguida.

—Claro; es lo que espero que ocurra. Porque tú irás dando traspiés, algo bebido. Es la única forma de que se traguen el anzuelo. Si sales en estado normal, no podrían creer que Lowell ha

perdido el juicio para descubrirse él mismo. Al verte borracho, deducirán que, falto de la serenidad, ni te das cuenta de lo que haces.

—De todas formas, será difícil engañarlos.

—Ellos desconocen tu existencia, no sospechan siquiera que yo vine aquí, planeando esto ya, buscándote a ti para huir.

—¿Qué me harán cuando descubran que no soy usted?

—¡Oh, nada! Si tú guardas en silencio nuestro pacto, no podrán culparte de ningún delito. Tú has andado por las calles de la ciudad. No harás otra cosa más que eso. Son ellos los que te confundirán. ¿Por qué vas tú a pagar sus errores?

—Tenía miedo Gaume. ¿Podía ser todo tan fácil como pretendía míster Lowell? Él no lo creía así.

—En cuanto niegues ser Lowell, te tomarán las huellas. Ellos poseen las mías. De forma que comprobarán la verdad de tus afirmaciones. Tú eres Gaume, vives en cualquier sitio, y bebiste unos vasos más de la cuenta. De lo más que lograrán inculparte es de vagabundo y borracho. Total, unos días a la «sombra». Mientras permanezcas en la cárcel, tendrás cobijo y comida. Al salir te esperan mil dólares.

—¿Mil?

—Quinientos esta noche y otros tantos cuando todo haya terminado.

Se trataba de una cifra casi fabulosa para el miserable. En la oscuridad debió tragar saliva nuevamente.

—¿Qué, aceptas?

Sólo unos sonidos inarticulados surgieron de la garganta de Gaume.

La luz de la linterna le iluminó una vez más. Lowell vio que estaba sudando.

Tenía miedo a la Policía; sobre todo, un miedo espantoso al F. B. I.

Jugar con los agentes especiales era algo con lo que jamás había podido siquiera soñar.

Lowell vio en sus ojos, en su semblante, en su expresión toda, cómo el terror era incluso más fuerte que aquella suma, para él fabulosa, de dólares.

—Tu trabajo acaba con ésa. Después, límitate a cerrar la boca.

Nada pueden probarte. Porque incluso descubriendo que me has ayudado, ¿qué te harán? Bien poca cosa. Piénsalo, Gaume. A lo sumo, si se enteran de la verdad, un mes a la «sombra», dos, a cambio de mil dólares.

En el silencio de la habitación se oyó durante unos minutos la respiración de los dos hombres.

Olía a podredumbre y abandono la habitación. Más allá se extendía la noche.

Lowell empezó a comprender que Gaume era, además de un miserable, un cobarde.

Se incorporó, para susurrar en su oído:

—¿Aún no te das cuenta de que no puedes negarte? ¿Sabes lo que te ocurriría de negarte?

La intención, evidentemente amenazadora, fue captada por Gaume.

Trató éste de ver la cara de Lowell. Se lo impedía el foco de la linterna.

—Es mi última ocasión. Si falla, puedo darme por perdido. «Y no fallará».

De pronto, le agarró por la destrozada chaqueta. No ofrecía resistencia Gaume. Le aplastó contra la pared.

—Te mataré, Gaume. Eso es lo que pienso hacer si no me ayudas. ¿Lo oyes? Te mataré.

—Yo... yo no he pensado en... desobedecerlo Yo... yo...

—De acuerdo. Entonces, aceptas. No te arrepentirás.

—¿Cuándo... lo haremos?

—Esta misma noche, dentro de una hora.

Lowell debió dar por terminada la entrevista, porque enderezó las piernas. Todo el tiempo había permanecido sobre las puntas de sus pies, dobladas las rodillas.

—Toma.

Era un fajo de billetes. A su contacto, Gaume empieza a temblar.

—Si tuviese un trago —exclamó—, no vacilaría. El alcohol me da fuerzas.

—Te enviaré los otros quinientos cuando salga de la ciudad, por medio de un amigo.

Pese a la oscuridad, la mirada del miserable buscó un lugar dónde esconder el dinero. De pronto, dándose cuenta de que Lowell

iba a verle guardarlos, se los metió precipitadamente entre la camisa y el pecho.

—Por tu propio interés, te conviene que el

F. B. I.,

no descubra que me has ayudado. Procura no olvidarlo. Tú cierra la boca una vez que te hayan cogido, ¿comprendes? Acaso ellos investiguen tu pasado. No niegues que conociste anteriormente un tal míster Lowell, de cuando trabajabas en la misma empresa que él. Sólo le has visto un par de veces bajar del coche y meterse en las oficinas.

—Sí. No diré nada. Se lo prometo.

—Te interrogarán. Tú empéñate en decir siempre lo mismo: vives aquí, merodeando por las noches. Alguien te dio un dólar y te lo bebiste. Nada más.

Lowell empezó a quitarse la ropa.

—Desnúdate —ordenó a Gaume—. Cambiaremos el traje. Ellos saben que yo llevo éste. Ayudará al engaño el que te vean vestido con lo mío.

Tardaron escasos minutos en cambiarse los trajes. Dado que tenían una corpulencia similar, a cada uno le sentaba bien la ropa del otro.

—Otra cosa; no llesves encima dinero. De encontrártelo, no se creerían eso de que vives en la miseria. Escóndelo donde te parezca mejor.

Sé decidió, aunque a regañadientes. Dijo, mientras se alejaba en la oscuridad hasta un extremo de la habitación:

—Usted puede volver.

—No seas estúpido. No tendría necesidad de dártelo para volver luego o robarte. Entrégame lo que hay en los bolsillos. Anda, no pierdas más tiempo.

Gaume entregó lo que le pedía. La cartera, otro fajo de billetes, éste de los grandes; algunos papeles, una cajetilla.

—Quédate el tabaco.

Terminaron los preparativos en silencio. Cuando parecían acabados, míster Lowell sacó un frasco de algún sitio.

—Bebe.

Era «*whisky*». Lo traía preparado, y debió guardarlo en la mano mientras efectuaban el cambio de ropas.

Gaume no se hizo repetir la orden. Se llevó el frasco a la boca, haciendo que el licor pasara ruidosamente su garganta.

No tragaba a grandes sorbos, sino despacio, saboreando cada gota que caía en su boca, reseca por muchas semanas de obligada abstinencia.

Lowell le arrebató el frasco, cuando mediaba ya su contenido.

—Basta. No conviene que llegues a emborracharte. Lo estropearías todo.

La lengua del miserable chascó varias veces, recogiendo la humedad de sus labios.

Algo había cambiado en él. A la luz de la linterna, nuevamente proyectada sobre su persona, Lowell le vio erguirse.

—Ahora —aseguró, paladeando aún el sabor del «*whisky*»— seré capaz de todo. Esto da fuerza.

Por segunda vez le entregó Lowell el frasco, Al parecer le notaba aún demasiado sereno.

—Otro trago solo.

Pero no le quitó el frasco de entre las manos, hasta comprender que lo había vaciado.

Y esta vez sonrió. Gaume acababa de beber el suficiente alcohol, incluso más que suficiente para un estómago vacío y un organismo debilitado.

Durante unos segundos, la mirada de Lowell espió su rostro.

Gaume empezaba ya a sudar. Se pasó la mano por la boca; luego, por la frente.

Notó que hacía esfuerzos para mantenerse erguido.

Ya estaba «maduro». La sonrisa de Lowell se acentuó. En sus ojos brillaba ahora un destello metálico.

—Andando, Gaume —le ordenó, con una patinada en el hombro.

El miserable se tambaleaba. No había sabido beber, y pagaba las consecuencias.

Se agarró al mentate de la puerta, donde debió faltarle energía en las piernas para sostenerse.

Fue Lowell el que le sacó de la habitación.

—Ten cuidado —le dijo—. Estás borracho. Tendrás que serenarte, o no podremos realizar el trabajo.

—Se me pasará. Cuando... lleguemos allá, se me habrá... pasado. El aire es bue... no.

La escalera empezaba un par de yardas más allá. La Oscuridad de la noche, siniestra, penetraba hasta ellos.

Lowell avanzó tanteando el suelo con los pies antes de dar cada paso.

Detrás pegado a él, se tambaleaba el borracho.

—Dé... jeme. Yo conozco bien... esto. A ciegas.

Lowell le dejó pasa delante. Los primeros escalones crujieron bajo el peso de los dos hombres.

Lowell los bajó agarrado con ambas manos a la también destrozada barandilla. Un paso en falso, el mínimo descuido, sería suficiente para precipitarse al vacío.

No existía demasiada altura. Se trataba de un tercer piso solamente. Pero Lowell había registrado los alrededores y sabía que uno sobre se mataría, de caer sobre las piedras que llenaban el suelo bajo aquella escalera.

Muy cerca, en los cercanos desmontes, el propietario de los terrenos explotaba una pequeña cantera. Los grandes bloques de piedra eran arrastrados hasta el edificio en ruinas, porque la calle pasaba precisamente ante la casa, y usando ese método los camiones se ahorran un buen trecho y no tenían que meterse por un mal camino.

Existían siempre en el lugar montones de bloques pétreos, en espera de ser cargados. Incluso cayendo desde menos altura sobre las piedras de agudas aristas sin pulimentar, cualquier persona se destrozaría contra ellos.

Bajaron muy despacio. El primero, Gaume, porque no encontraba con facilidad los escalones; el segundo Lowell, porque en aquellos momentos se decidía su porvenir y su vida. Si fallaba entonces cualquier detalle de su bien formado plan, podía contarse ya entre los muertos.

Por un segundo, mientras escudriñaba la oscuridad que rodeaba al edificio en ruinas, Lowell se imaginó algo que le hizo estremecerse: la silla eléctrica.

Se agarró con más fuerza a la barandilla.

Después, ya pasado el momento de vacilación, sonrió.

Y su sonrisa era más negra, más siniestra que las tinieblas de la noche.

No descubrió nada, absolutamente nada capaz de alarmarle. Las

casas más cercanas distaban, por lo menos, veinte yardas. Y estaban sumidas en la oscuridad.

En cuanto al descampado que rodeaba la construcción deshecha, se hallaba solitario.

De la oscuridad circundante, su mirada pasó al hombre que le precedía.

Apenas habían descendido el primer descansillo. Era el momento...

Apretó con fuerza sus dedos en torno a la barandilla. Sus dientes estaban encajados.

Movió la pierna derecha hacia abajo, inesperadamente.

Al encontrar su pie a Gaume, el obstáculo que buscaba, empujó al miserable.

Se produjo un crujido de las maderas que formaban la escalera. La barandilla se movió, amenazando romperse.

Un ahogado grito indefinible. Y un cuerpo cayendo al vacío, el de Gaume.

El hombre que acababa de realizar la parte más siniestra de su plan no perdió un solo segundo.

Al oír el choque del cuerpo que caía contra las piedras de abajo, retrocedió hacia la habitación que abandonara minutos antes con su víctima.

La linterna le ayudó a encontrar rápidamente el dinero que Gaume había escondido.

Lo recogió, volviendo a la escalera. Permaneció inmóvil arriba, escuchando.

Nada. El silencio era total. Empezó a bajar los escalones, ahora con rapidez, aunque sin dejar de usar la protectora barandilla.

Una vez abajo, hizo oído por segunda vez.

Luego avanzó hacia el sitio donde debía encontrarse el cuerpo de Gaume.

Lo descubrió porque su oscura masa destacaba sobre las piedras, más claras que el traje que llevaba el muerto.

Saltó de piedra en piedra, hasta llegar a él.

Comprobó primero el resultado de su criminal acción. Gaume estaba muerto. Se había, sin duda, partido el cuello al caer.

Terminó el macabro trabajo, metiendo en los bolsillos del cadáver parte de las cosas que contenían los suyos.

A continuación, como una sombra más; se perdió en la noche.



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL

MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahínco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL. **1.50 pesetas**

III



AS primeras paletadas de tierra fueron cayendo sobre el ataúd negro.

En torno a la fosa común abierta, pies hundidos en el barro, rostros indiferentes.

Para las personas que formaban la reducida comitiva fúnebre, aquel acto cerraba para siempre un «caso»: el de Peter Lowell.

Hubiérase dicho que lo desapacible del tiempo, marcadamente lluvioso, ocultaba toda expresión a las caras reunidas en torno a la fosa donde acababa de ser bajado Lowell.

Enfundados en plásticos protectores, tres hombres parecían presidir el acto.

Eran, por orden de sus categorías, el inspector Tulk del

F. B. I.,

afecto a la división de Nueva York, y dos agentes especiales, uno del grupo de Louieville, de nombre Smart; el tercero, Dick Lytteton, de Nueva York como el inspector Tulk.

Enfrente de esta tres, y al otro lado de la fosa, cuatro hombres mejor vestidos, los que fueron tiempo atrás compañeros de trabajo de Peter Lowell. Uno de ellos, el actual director de la empresa, sustituto por lo tanto del supuesto finado, mantenía entre los labios un cigarro habano.

Algunos empleados de la funeraria, el sacerdote, una mujer solitaria, algo apartada de los demás. Y, por fin un último individuo.

Ella era la única cuyo semblante dejaba presumir que había sido afectada por la muerte de Lowell.

Joven, rubia, evidentemente una mujer de gusto, vestida con elegancia.

Mientras la tierra caía sobre el ataúd, la joven mantuvo baja la cabeza, mordiéndose los labios.

Para ella, Peter Lowell significó algo más que un caso policial. Fue, acaso, lo más importante de su vida.

En cuanto al último asistente, nadie le conocía. Con seguridad, opinó el mismo inspector Tulk al verle, algún antiguo amigo del muerto, que le Acompañaba en la última hora.

Descendió de un taxi cuando la ceremonia había empezado, y se dirigió hacia el grupo.

No saludó a nadie, limitándose a permanecer ante la tumba, con el sombrero cogido por ambas manos, y éstas inmóviles a la parte delantera de su cuerpo.

Alguien arrojó un ramo de flores entre las últimas paletadas de tierra.

Seguía cayendo una lluvia fría y constante. Más allá de Cave Hill Cemetery se alzaba la masa de árboles que forma el parque Cherokee.

Cuando terminó la ceremonia, los asistentes dieron la espalda a la fosa y se dirigieron hacia los coches, aparcados a unas diez yardas, en la avenida más cercana.

Dos permanecieron todavía unos minutos ante el sitio donde reposaría ya para siempre Petar Lowell. Ella y el desconocido.

La joven no se dio cuenta de que él estaba allí, también, inmóvil como ella.

La fosa recién cerrada significaba para ella, al fin, tantas cosas. Dicha y dolor al tiempo.

El desconocido la observaba a unos pasos, en igual postura que mantuviera durante la ceremonia.

Cuando la joven anduvo detrás de los que llegaban ya a los coches, se acercó a ella.

—Perdone —dijo.

Le miró con sorpresa la mujer, como si se diese sólo entonces cuenta de su presencia.

En hombre anduvo a su lado.

—Al parecer, sólo a usted la interesaba Lowell.

Ella excusó al resto de los asistentes al entierro:

—Peter no deja familia. Vino de muy niño a los Estados Unidos. El mismo me dijo una vez que hacía muchos años que no sabía de los suyos. Esa gente cumplía un deber.

—¿Usted no?

La pregunta, tal vez un tanto atrevida, si no inadecuada, obligó a la joven a mirar a su interlocutor.

—Oh, perdone —exclamó él—. No quise decir lo que parece. Verá. Yo apreciaba mucho también a Peter. Creo que fui su mejor amigo. Por eso me atrevía molestarla.

—Ya. Es curioso. Jamás me dijo que tuviera un amigo íntimo.

—Tal vez él no me considerara así. Yo, en realidad, le debía dinero. Mi amistad hacia Lowell se basaba en el agradecimiento.

De pronto, se paró, poniéndose frente a ella.

—Usted debe ser su esposa.

—Sí.

—Claro. El sí me habló en repetidas ocasiones de usted.

Anduvieron unas yardas en silencio. El volvió a romperlo al poco:

—Ha tenido que ser un rudo golpe para usted, *miss Sejinch*.

—La respuesta de la joven estaba llena de sinceridad:

—No. Lowell no podía acabar de otra forma, dado el camino que eligió. Para mí fue muy doloroso entonces. Ahora ya...

—Sin embargo, yo la vi llorar antes, cuando le enterraban.

Por segunda vez, Lea le miró. No parecía poseer aquel hombre la

menor delicadeza.

Y, por segunda vez, también él se excusó:

—Estoy un poco, ¿cómo diré yo?, un poco descentrado. La muerte de Peter me ha Afectado profundamente.

Sin contestarle, Lea atravesó las últimas avenidas entre las tumbas, acercándose a un coche. Lo abrió, metiéndose dentro. No volvió la cabeza al ponerlo en marcha y arrancar.

El desconocido le contempló alejarse durante unos minutos.

Después, regresó al taxi que le trajera al cementerio.

—Siga a ese coche —ordenó al chófer—. A prudente distancia. No conviene que se dé cuenta.

La joven buscó el camino que conduce a una de las salidas del cementerio, precisamente la más alejada del centro de Louisville. Siguió por la carretera hasta la confluencia de ésta con Baxter Avenue.

El que la seguía dedujo que estaba abstraída en sus pensamientos, según lo demostraba el camino elegido.

Le hubiese sido más corto y más fácil salir del cementerio por la puerta de la avenida Baxter, puesto que se dirigía al parecer hacia las calles centricas.

Así fue, en efecto. Un rato después, el coche guiado por la joven se paró ante el Henry Clay Hotel.

Se apeó, penetrando en el hotel.

Su perseguidor dio entonces una nueva dirección al taxista.

Y también, un cuarto de hora más tarde, dejaba el coche alquilado.

Entró en un bar. Pidió un «*whisky*» doble, bebiéndoselo antes de telefonar.

La conversación que sostuvo, muy breve, debía estar prevista de antemano.

Se limitó a comunicar a la persona que estaba al otro lado del hilo que todo había marchado perfectamente. Añadió el nombre del hotel donde residía la mujer del cementerio.

Recibió por toda contestación una orden: tenía que estar a las nueve de la noche en las habitaciones alquiladas que ocupaba.

Al salir de la cabina, sonreía. Le quedaban unas cuantas horas hasta el momento de la cita. ¿Y en qué las iba a emplear?

Le gustaba beber, y disponía entonces de cierta cantidad de

dinero. El trabajo que efectuaba por cuenta de aquel hombre generoso le estaba forrando bien la cartera.

Pasó el día vagabundeando de un sitio para otro, bebiendo. Por eso, a las nueve, cuando regresó a sus habitaciones, estaba bastante mareado.

No lo suficiente para dejar de saber lo que pasaba. Oyó los pasos cautelosos que se acercaban a su cuarto, y le vio entrar rápidamente una vez abierta la puerta.

El visitante, Peter Lowell, se acercó a su hombre sonriendo.

—¿Qué tal, amigo?

—Hola. Siéntese. ¿Quiere un trago?

Sí. El visitante aceptó el vaso que la mano poco segura del otro le ofrecía.

—Cuénteme eso. No puede uno enterarse todos los días de lo que ocurre en su propio funeral.

Hablaba con humor, satisfecho del desarrollo que había tomado su existencia.

Pero una extraña mirada animaba sus ojos; tal vez un brillo de astucia y malignidad.

Su interlocutor no podía advertirlo. Los vapores del licor, ampliamente injerido en las últimas horas, se lo impedían.

No es que estuviese ya borracho, pero sí algo mareado. Se bebió de un trago el contenido de su vaso.

Y fue Lowell quien volvió a llenárselo al instante.

—¿Habló con ella?

—¡Claro! Estuvo lloriqueando mientras echaban la tierra. Luego se quedó junto a la fosa un rato. Yo aproveché el momento.

—¿Qué dijo?

—La verdad, señor Lowell, no me dio la impresión que su falsa muerte la causara una pena intensa. ¿Qué me dijo?

El visitante le dejó hacer memoria.

Mientras conseguía recordarlo, se tragó otro «*whisky*».

Lowell apenas si se había humedecido los labios.

—Bueno... algo así como que usted tenía la culpa de lo que le pasaba.

Los músculos faciales de Lowell se contrajeron. Se inclinó hacia delante, fijando su mirada, ahora dura, en los ojos del testigo.

—No me haga mucho caso. Creo que sí. Algo como... ¿Qué

demonios me dijo?

—¡Estás borracho!

Hizo ademán de levantarse el insultado.

—Mete... ré la cabeza bajo el grifo. Seguro que se me...

—Estate quieto.

No llegó a levantarse, porque la voz de Lowell sonaba como una amenaza.

—No me haga mucho caso —repetía, tal vez algo asustado por el giro que tomaba la entrevista.

—¿La vista llorar, dices? Haz memoria.

—Sí. Estoy seguro. Bajaba la cabeza, pero vi que tenía lágrimas.

Para Lowell aquello debió ser suficiente. Porque cambió de tema, después de encender un cigarrillo.

—¿Qué hicieron los polis?

—Nada. Permanecieron allí hasta que terminó el asunto. Y se fueron tan tranquilos.

—¿Y los otros?

—¿Qué otros?

—¿No había nadie más?

—Claro, sí. Tres o cuatro individuos. Tampoco se les ocurrió moverse.

Lowell pareció sumirse en sus reflexiones. Al volver a despegar los labios pareció hablar en voz alta consigo mismo:

—Durante un año he vivido como las ratas, Ahora eso se acabó. Estoy muerto y enterrado.

Una breve carcajada cortó sus palabras. Prosiguió:

—Sé han tragado el anzuelo como novatos.

Pareció tener una idea súbita, ya que se encaró de nuevo con el que asistiera a su falso entierro:

—No te habrás ido de la lengua, ¿eh?

—¿Yo? ¡No!

—Debes estar medio borracho desde hace horas. ¿Hablaste con alguien?

—No, no. Anduve sólo todo el día.

—Eres el único que sabes la verdad. Si se te ha escapado algo.

El borracho no se encontraba ya tan a gusto como minutos antes. Se movió intranquilo en la silla.

Tal vez sospechó algo siniestro en tu «socio», porque cuando

Lowell volvió a llenarle el vaso, instándole a que siguiera bebiendo, negó con un ademán de cabeza.

—Creo que he bebido demasiado —explicó con voz que distaba mucho de ser segura.

Los ojos astutos de Lowell le examinaron. Tal vez había ido demasiado lejos. El criminal decidió tranquilizarle.

Sacó del bolsillo del pantalón un puñado de billetes casi nuevos.

—Yo siempre cumplo mi palabra.

Contó despacio la cantidad que le ofreciera por su ayuda y le echó el dinero sobre la mesa, al lado de la botella ya mediada de «*whisky*».

Las manos del ebrio recogieron los billetes con temblor de avaricia.

—Gracias, señor Lowell. Yo nunca olvidaré esta ayuda.

—«No, nunca la olvidarás».

El pensamiento del fugitivo, que no llegó a expresar en palabras, encerraba una siniestra intención. Un pensamiento que habría hecho palidecer al hombre al que ahora Lowell contemplaba con una sonrisa en los labios.

—Nadie sabe que tú y yo hemos realizado un trabajo juntos. Nadie me ha visto entrar en este edificio. Y tengo un interés especial en que jamás llegue a saberse.

—Confíe en mí, señor Lowell.

—Yo estoy muerto. ¿Comprendes? Me han enterrado esta mañana en el cementerio Cave Hill, de Louisville.

—Sí.

—Repítelo.

El borracho obedeció. La lengua empezaba a trabársele. Los efectos del licor debían ya subir por su organismo hasta enturbiarle el cerebro.

—¿Sabrás guardar el secreto como en una tumba?

—Sí, lo pro... meto.

—Así me gusta, Bill. Oye: ¿tienes algo que comer? Sabes, yo partiré mañana de Louisville. Hasta entonces me conviene permanecer oculto. Si me vieran por ahí... Puedo pasar la noche en estas habitaciones.

—Saldré por algo.

—No vale la pena. Nos arreglaremos con lo que tengas. Un

bocado será suficiente.

—Debe quedar leche. Y un par de bocadillos.

—Estupendo. Anda, prepáralo.

El llamado Bill se levantó con dificultad y anduvo vacilante hacia la cocina.

—He bebido demasiado —repitió.

Trajo de la cocina una botella casi entera de leche, enseñándosela a Lowell.

—Será su... ficiente.

—De acuerdo. No te entretengas; tengo hambre.

Volvió a desaparecer. El visitante le oyó moverse en la cocina con pasos torpes, de borracho. Antes de encontrar lo que debía buscar tropezó varias veces con los escasos muebles.

Lowell, el siguió, dejando su asiento...

—Anda, siéntate. Acabarías tirando la leche. Déjame hacerlo a mí.

Un par de trozos de pan con algo dentro estaban ya sobre la pequeña mesa. Bill había también vertido parte de la leche en un recipiente; el resto lo tiró al suelo.

No debía encontrarse nada bien, pues se dejó llevar hasta la silla sin resistencia.

Al poco, Lowell regresaba de la cocina, mordiscando uno de los bocadillos.

—Toma, bébete esto primero. La leche es buena contra el alcohol. Después, el bocado que vas a comer te sentará bien. Ya verás. En cuanto eches algo al estómago, se te pasará el mareo.

Le puso el vaso entre los labios, obligándole casi a que tragara su contenido.

Después, al ofrecerle el trozo de pan, una sonrisa apenas perceptible dibujaba la mueca del triunfo en el rostro de Lowell.

—Creo que me voy... a dormir.

—Por mi puedes hacerlo, Bill. Te imitaré en cuanto termine el bocadillo.

Los párpados se le cerraban al borracho. Al principio intentó resistir al deseo de dormirse. Pero de pronto su cabeza cayó hacia adelante, sobre su pecho.

Peter Lowell se levantó con presteza. Lo que aún le quedaba por hacer allí era muy poco, sin embargo.

Cuestión de cinco minutos más.

Retiró de la mesa el vaso en que él mismo bebiera, dejándolo entre otros enseres sucios que llenaban la pila.

El trozo que aún quedaba del bocadillo a medio comer se lo metió en el bolsillo. Hizo lo mismo con la colilla del cigarro que se fumó poco antes.

Después, con una ojeada, se convenció de que no quedaban señales en la pobre habitación de su estancia en ella.

A continuación dedicó su interés a Bill, el hombre que había caído en una trampa mortal.

Le quitó el dinero, dejándole algunos dólares de papel en el bolsillo y seis o siete monedas.

No pesaba demasiado. Lo levantó sin grandes esfuerzos, trasladándole a la cocina.

El vaso usado para la leche quedaba sobre la mesa. Se apoderó de él. Y lo llenó de «*whisky*», dejándolo cerca de Bill, al que había apoyado sobre el aparato del gas.

Casi todo el resto del licor contenido aún por el frasco que acababa de sacar de su bolsillo lo vertió sobre las ropas del que ahora dormía profundamente.

La última operación realizada por el criminal consistió en sacar un tubito.

Era un medicamento inofensivo, un soporífero en pastillas, que echó sin ser visto por el borracho en el vaso de la leche.

Al encontrarlo la Policía horas después deduciría lo ocurrido:

Bill estaba borracho cuando llegó a su apartamento. Debía tomar aquellas pastillas contra el insomnio. Y la noche de su muerte el hábito le obligó a hacerlo una vez más. Sin duda —deducirían los agentes de la Ley—, el soporífero causó a Bill un efecto casi instantáneo, dado que estaba borracho. Debió tomar la pastilla al disponerse a calentar la leche y se quedó dormido, sobre el gas, cuando todavía no había aplicado el fósforo.

Lowell situó a su víctima de forma que recibiera directamente en la cara y la nariz el efluvio mortal.

Luego abrió la llave. Ahora sólo le quedaba alejarse de allí.

No se preocupó por sus propias huellas dactilares. Peter Lowell no podía caer en un error semejante. Al llegar, media hora antes, a las habitaciones donde le esperaba Bill, las manos del criminal

estaban ya cubiertas por unas fundas de plástico tan fino y transparente que resultaba casi invisible.

Ni una sola huella quedaría, por lo tanto, de su criminal acción.

Aguardó unos segundos ante la puerta. No sería fácil que atravesara nadie el pasillo.

Escuchó, no obstante. Sólo al cerciorarse de que fuera de la habitación reinaba el más absoluto silencio abrió la puerta y salió.

Registró con la mirada el mal iluminado pasillo. Por un lado estaba la escalera que llevaba a las otras plantas. Por el contrario, había una ventana.

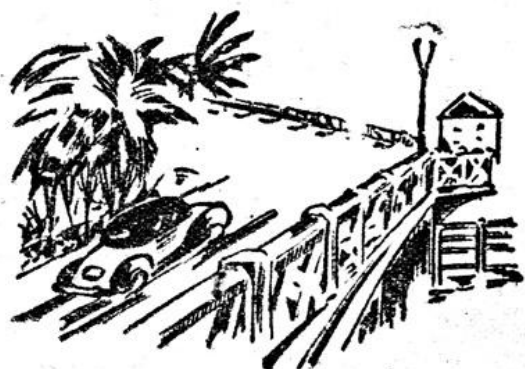
Se dirigió hacia ella y la abrió. No podía taponar todas las grietas de la puerta tras la que moriría Bill, ni la cerradura.

Pero antes de que el olor del gas que saliera por ellas pudiese llegar a los demás inquilinos de la casa se desvanecería por allí. El aire de la noche haría el resto.

Bajó despacio las escaleras para que no crujiese la vieja madera bajo sus pies.

Una puerta situada en la parte trasera de la casa, apenas usada por los vecinos, le sirvió para entrar sin ser visto en la casa de apartamentos baratos.

Empleó el mismo procedimiento para abandonar el lugar de su segundo crimen, perpetrado unas noches más tarde que el asesinato de Gaume.



~~~~~

**¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!**

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

**EXTRA-OESTE**

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los lectores de España y América.

## IV



SPERO en la acera hasta que las luces rojas del coche se perdieron en la noche.

La pareció ver que Lou agitaba todavía la mano, y ella afeó el brazo, despidiéndose una vez más.

A paso lento atravesó la acera hasta la verja.

Estaba, como siempre, abierta.

Antes de entrar dirigió una última mirada al panel de luces que se alzaba en el horizonte, Nueva York.

Allí vivía desde varios meses, al lado de la gigantesca urbe vertical. Y allí, cuando parecía imposible, había encontrado la felicidad.

Peter Lowell era ya sólo un recuerdo amargo.

La realidad se centraba ahora en Lou Ritcher, el hombre al que

amaba, al que debía también el no haberse vuelto loca cuando Lowell hizo «aquello».

Mientras atravesaba el pequeño jardín hacia la casa le pareció sentir todavía en sus labios la suave presión de la boca de Lou.

Se encontraba cansada y satisfecha. Acababa de pasar una tarde inolvidable con él. Una tarde que no era, sin embargo, más que una de tantas desde que, un mes atrás, empezaron a salir casi diariamente.

Mientras buscaba la llave en el bolso de mano sonrió Lea Selinch recordando al hombre al que conociera en circunstancias trágicas para ella.

Lou apareció entonces con una gravedad que le convertía en una persona casi antipática.

Luego fue todo lo contrario.

«A veces —pensaba la joven— ocurre eso. Descubrimos facetas insospechadas en seres a quienes habíamos juzgado erróneamente».

El caso de Lowell podía incluirse en esa idea general sobre la vida. No recordaba haber estado nunca enteramente enamorada de Peter. Pero le gustaba y se cesó con él.

Sólo después, dado el paso decisivo, empezó a sospechar parte de la verdad. Bajo el aspecto de hombre amable, provisto de una educación refinada, de una extensa cultura, había algo más, más sombrío y secreto.

Con Lou le ocurrió otro tanto. Le desconoció al principio, cuando él, entregado a una tarea que sólo podía dañarla, era como un enemigo.

Abrió la puerta del hotelito. Dentro, reinaba una grata, penumbra. Avanzó por el pequeño «hall» sin encender la luz. A través de las ventanas entraba el resplandor de los luminosos.

Atravesé un pasillo y entró en su cuarto particular: el dormitorio. Al otro lado se encontraba el baño.

Tampoco usó la luz para ganar esta última pieza.

Allí sí la encendió.

Era agradable recibir la caricia del agua tibia sobre el cuerpo cansado. Era agradable también el que aquella pesadilla de Peter Lowell hubiese terminado al fin para siempre.

Una semana antes, en Louisville, asistió al entierro del que fuera su esposo. Al día siguiente, el viaje de regreso. En el mismo

aeródromo le esperaba Lou.

Y representaba la felicidad.

Lea se desvistió lentamente, abriendo la ducha.

Sus miembros, perfectos y flexibles, dejaron que resbalara sobre la piel el agua.

Permaneció bajo la lluvia de tibia temperatura unos minutos. Dio después, de golpe, te llave del agua fría.

El contraste violento la hizo casi gritar de placer.

Cuando abandonó el rectángulo de mosaicos, el cansancio había sido vencido.

Se cubrió con una bata ligera. Antes de salir del cuarto de baño encendió un cigarrillo.

A través de los visillos de la ventana también penetraba algo de luz al dormitorio.

No la suficiente para buscar con qué calzarse.

Buscó casi a tientas el conmutador. En una mano llevaba las medias; en los labios, el cigarrillo.

La luz se encendió de pronto, antes de que sus dedos tocarán siquiera la llave.

Se quedó rígida. La sorpresa abrió un ramalazo de pavor en su ser.

Un grito se escapó de su garganta. Un grito de estupor, de pánico.

Ante ella estaba Peter Lowell, apoyado en la pared y sonriente, con una chispa de malignidad en su burlona mirada.

—¿Qué tal, Lea?

Su voz surgía de muy lejos, de ultratumba.

Las medias cayeron de las manos femeninas. El cigarrillo se desprendió de sus labios.

Sintió que las piernas se la doblaban, negándose a sostenerla.

—Vamos, Lea. ¿No creerás en fantasmas?

Dio los tres pasos que les separaban, evitando así que se desplomara.

—Soy yo, en carne y hueso.

Ella pudo articular, con un estremecimiento:

—Vi... vi cómo te enterraban.

La carcajada irónica de Lowell tenía de real su terrible significado.

Se alzaba ante ella como el pasado tenebroso, como el dolor y la sangre.

—Llevo esperándote dos horas aquí encerrado. Y te vi llegar.

Como no contestara Lea, prosiguió:

—Te vi besarle.

Se pasó ella la mano por la vista.

Aún no creía en la realidad, aún dudaba. La pesadilla que había logrado arrancar de su ser se aferraba de nuevo a ella.

Levantó muy lentamente la cabeza, como si tratara de cerciorarse, de comprobar que no estaba viviendo un mal sueño.

Yacía en el suelo, a los pies del asesino, y vio sus piernas, rígidas, su cintura, su torso apenas musculoso, su rostro pálido, de intelectual depravado.

En él la sonrisa se fue apagando.

—¡Levántate!

Ya no bromeaba. Pronunció la palabra entre dientes, metálica la mirada de sus ojos, tensas e inmóviles las facciones.

Ella hizo un esfuerzo inútil por obedecer.

Un sollozo se rompía en su pecho. Un sollozo de protesta contra lo que significaba el retorno de aquel hombre, contra el Destino, que le arrojaba de nuevo a un torbellino de maldad y podredumbre.

La cogió por la bata, a la altura de la garganta, levantándola hacia sí.

Sus ojos chispeaban de fría cólera. Le escupió a la cara.

—Aun eres mi esposa. Te conviene no olvidarlo.

La hizo retroceder sin soltarla, aplastando su cabera contra la pared.

—Yo no estoy muerto. Convéncete de una vez y deja de mirarme como a un fantasma.

—Es... tuve en tu entierro. Creí que...

Ella repetía otra vez lo mismo. No podía aún vencer el estupor. No podía dar crédito a sus ojos.

—Aquello fue una farsa.

Se rió antes de proseguir, con un brillo de locura salvaje en las pupilas.

—Todo el

F. B. I.,

no es suficiente para vencerme. Me vi apurado. Pero recordaba que

en Louisville existía un sujeto casi igual a mí físicamente. Igual me daba huir a un sitio que a otro. Me pisaban los talones. Era sólo cuestión de días, de una semana, el que logaran atraparme.

La soltó, empujándola hacia un sofá.

—Me lo jugué todo a una carta. Dejé a los federales que estrecharan el cerco. Un solo paso en falso y todo habría terminado. Busqué a ese fulano, un perdido. Lo demás, fue tan fácil.

Los dedos de Lea tocaron las señales dejadas en su cuello por el bruto.

Él sonrió viendo que poco a poco aceptaba la realidad.

—Le maté, cambiándole la ropa y metiendo parte de mi documentación en su bolsillo.

—Entonces... fue a ese hombre al que ente... rraron.

—Claro. Los del

F. B. I.,

se tragarón el anzuelo, creyendo que era yo el muerto. Un accidente, ¿sabes?

Lowell sacó un cigarrillo.

—¿No me lo enciendes, nena? Como otras veces.

Su voz, suave ahora como el arrastrarse de una serpiente, penetró en el ser de la joven igual a un acero.

Ella buscó un mechero de mesa y se levantó para encenderle el cigarrillo. Sus dedos temblaban.

Se dejó caer nuevamente, sin fuerzas, sobre el sofá.

—Mandé a un «amigo» al entierro. Quería cerciorarme de que el

F. B. I.,

daba por terminado mi caso. Él me dijo que te vio llorar sobre la tumba.

—Sí...

La mano brutal de Lowell pegó inesperadamente en el rostro femenino. Un hilo de sangre empezó a manar de los labios de la muchacha.

Y él prosiguió con voz tranquila, en total dominio de sus nervios:

—También maté a ese «amigo». Nadie, óyelo bien, nadie debe saber que yo estoy vivo.

—¿Por qué has vuelto, entonces? —Pudo ella inquirir.

—Tú eres diferente. Tú eres la esposa amante que llora al esposo

muerto... Y que una semana después besa a otro hombre.

Lea se encogió, temerosa de nuevos golpes. Sus ojos expresaban el terror.

—Alguien me dijo que salías con un asqueroso agente especial. Yo pensé que lo hacías para tener un apoyo entre ellos mismos si llegaban a complicarte a ti en mi asunto. Y te enamoraste de él, de uno del

F. B. I.

¡Imbécil!

Ella se irguió de pronto, llameante ahora la mirada.

—Lou Richter fue bueno conmigo —exclamó—. Me ayudo a soportar el infierno en que tú me habías metido. Me enamoré de él porque era un caballero, y tú... tu habías sido un canalla.

Esta vez no la pegó. Se limitó a reír de nuevo, irónica, cruelmente.

—Me importas un bledo. Conviene que sepas eso. Tú y todas las mujeres del mundo.

—Siendo así, ¿por qué has vuelto?

—«Porque tú vas a serme muy útil. Tú y ese necio de Lou Richter».

—¡Jamás!

—Repítelo. Me gusta tu energía. Sabes que sois como fantoches a mi lado. Os manejaré igual que a peleles, igual que a marionetas.

Se inclinó hacia ella, hasta casi rozarla el rostro con su boca:

—Antes de venir aquí hice una visita a cierto sanatorio.

De los labios femeninos se escapó un grito de horror. Se llevó ambas manos a la cara y empezó a sollozar.

—¡No! —exclamó—. ¡Eso no!

—Tu madre está mucho mejor. La vi en el jardín. Tal vez pueda salir curada dentro de medio año, o de menos. Me lo dijo uno de los médicos.

Se echó hacia atrás Lowell, contemplando el efecto de sus frases.

—Óyeme bien, Lea —la apartó bruscamente las manos de la cara, para fijar en los ojos de ella su mirada amenazadora—: a tu madre le ocurriría también un accidente en cuanto se te escape una sola palabra. O en cuanto dejes de obedecer al pie de la letra mis instrucciones He dejado allá a un amigo, ¿comprendes?

Peter Lowell tiró la colilla al suelo, aplastándola rabiosamente

con el zapato.

—He vivido casi un año acosado como una alimaña. He matado a dos hombres. Ya no me importa nada, y no he hecho más que empezar mi trabajo.

Se dirigió a la puerta de la habitación.

—Te vigilaré continuamente. Al menor intento de traición caeréis tú y «tu madre».

Cuando Lea alzó la cabeza, el sonido de unos pies, alejándose hacia la salida, había reemplazado a la voz del canalla.

Unos segundos después, oyó la joven abrirse la puerta.

Lowell acababa de abandonar la casa. Pero dentro quedaba su huella, una huella de terror.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO  
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-  
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

## V



UVO que permanecer unos minutos al otro lado de la puerta, sin abrirla, mientras Lou seguía llamándola con el claxon.

No podía estarse allí eternamente. Se mordió los labios y salió.

Sabía que la expresión de su rostro no era normal y que él sospecharía algo.

Pero tenía preparada de antemano una mentira.

El la vio acercarse al coche con admiración en los ojos. Mantenía, como siempre, un cigarrillo entre los labios y estaba torcido hacia el sitio por donde avanzaba Lea, con una mano sobre el volante.

Lou Richter se apeó para ayudarla a subir al asiento delantero, junto al que ocupaba él.

Era un hombre alto, sin demasiada musculatura aparente, pero fuerte como pocos. Aunque joven, lucía ya algunos cabellos grises.

Vestido sin amaneramiento, pasaría en cualquier sitio por elegante.

La cogió la mano, al poner Lea el pie en el coche. Sólo al sentarse a su lado y volver la cabeza hacia ella advirtió el agente especial que algo anormal ocurría.

La había cogido el mentón con los dedos, suavemente, y se disponía besarla.

No llegó a juntar sus labios con los de la joven, según solían hacer al encontrarse y siempre también al despedirse.

—¿Qué te ocurre, Lea? ¿Te sientes mal?

Contestó ella con un movimiento de cabeza.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que no salgamos hoy? Podemos pasar la tarde en tu casa. Anda. Avisaré a un médico.

—¡Oh, no! Prefiero salir. Estoy algo mareada. El aire me sentará bien.

—¿De verdad que no es nada serio?

Volvió a cogerla la cara y buscó con suavidad los labios femeninos. Era una caricia en la que Lou ponía todas las tardes el cariño limpio que sentía por ella.

Pero esta vez los labios de Lea no contestaron, permaneciendo fríos, inmóviles.

Él puso el coche en marcha. Una arruga, no de disgusto, sino de intranquilidad por ella, le surcaba la frente.

Lou condujo hacia Henderson Street, según costumbre, para dirigirse a Nueva York.

Habían planeado el día anterior bañarse aquella tarde en Long Beach, y él seguía el proyecto.

Fue ella la que le rogó cambiar la dirección. Como Lou le preguntara el motivo, respondió:

—No tengo ganas, Lou, de divertirme. Estoy cansada. ¿No te importa?

—Pero, Lea, ¡qué rara te encuentro! ¿Por qué va a importarme?

Le pasó la mano sobre el hombro, conduciendo sólo con la derecha.

—¿Entonces, no cruzamos Holland Tunnel?

—No, por favor.

A la derecha, en Nueva York, estaba Lowell.

Lea se estremeció pensándolo. Estaba agazapado cerca, espiando sus menores movimientos, dispuesto a herir y a matar en su fría crueldad.

Dejaron atrás Jersey City, internándose ya por las calles de Unión City.

Lou no cambió la ruta. El también parecía sumido en sus reflexiones.

Al otro lado del Hudson desfilaban ante ellos los edificios de la gigantesca urbe, neoyorquina.

Más tarde atravesaron otra pequeña población. North Bergen, internándose un poco hacia el interior.

Por fin, tras dejar a sus espaldas Cliffside Park, el campo abierto se extendió ante el coche.

El brazo izquierdo del agente especial abarcaba los hombros femeninos.

Lou la conocía lo suficientemente bien para adivinar que algo grave se había producido.

Ella no sabía disimular sus verdaderos sentimientos. Fue éste uno de los motivos que le hizo empezar a quererla cuando todavía no podía aspirar a ser correspondido.

Mientras el aire desplazado por el coche le azotaba el rostro, Lou recordó aquellos últimos meses, decisivos en su existencia.

Cuando la conoció, en circunstancias adversas, Lea era la esposa de un hombre al que el

F. B. I.,

tenía que atrapar, vivo o muerto. Y entre al grupo de agentes especiales designados para llevar a cabo esa misión figuraba él.

La mejor pista la constituía ella precisamente. El fugitivo parecía haber estado, según todas las informaciones obtenidas, muy enamorado de su mujer los últimos meses.

¿Iba, en tal caso, a dejarla definitivamente? Lo lógico era que entrara en contacto con Lea, máxime cuando su joven esposa se quedó con casi todo el dinero que poseía el matrimonio.

A Lou Richter le ordenaron que la vigilara estrechamente.

Desde el primer momento, convertido en su sombra, la juzgó mal el agente especial. Conocía a muchas mujeres, pero Lea fue para él un extraño descubrimiento.

La primera sorpresa la constituyó el que la mujer de Lowell entregara el dinero íntegro que le dejó su marido a una institución de caridad.

El F. B I., creyó que se trataba de un truco para hacer llegar el dinero a Peter Lowell.

Sin embargo, el establecimiento empleó la crecida cantidad en mejoras casi inmediatamente después de la entrega.

Y Lea Selinch se puso a trabajar. Ella, que estaba acostumbrada a la vida holgada, casi lujosa...

Aún averiguó más el agente especial. Con el sueldo, no crecido, que percibía Lea, estaba pagando la estancia de su madre en un sanatorio. Un accidente de automóvil convirtió a la señora Selinch, viuda, en una pobre imposibilitada.

Lea abandonó el caro apartamento que ocupaba con Lowell en Nueva York y se fue a una pensión modesta.

El agente especial averiguó que tenía que hacer verdaderos milagros con el dinero que le reportaba su trabajo.

Para ella sola hubiese sido más que suficiente. Pero mantenía a su madre en un sitio costoso.

En cuanto a su posible y secreto contacto con Peter Lowell no pudo, ser descubierto.

Lou llegó a la conclusión de que, sencillamente, no existía tal contacto.

El

F. B. I.,

colocó a uno de sus hombres en la misma oficina donde trabajaba Lea. Se ganó la confianza de la joven para estudiarla más de cerca que Lou Richter.

El informe del policía fue muy favorable para ella. No sólo creía el agente especial que Lea estaba desligada materialmente de su marido, sino que consideraba una cosa muerta el afecto que pudo sentir un día hacia Lowell.

El descubrimiento de su segunda vida, tenebrosa, la había arrancado violentamente, con dolor, la ilusión de compartir su vida con un ser tan despreciable.

Mientras tanto, Richter empezaba a sentir algo más que curiosidad profesional hacia ella.

Las circunstancias le habían puesto en contacto con una mujer

digna, necesitaba más de apoyo que de vigilancia.

Cuando sus jefes le ordenaron que fuera debilitando el cerco en torno a Lea, él decidió acercarse a la mujer.

Congeniaron, pese a que debían ser enemigos. Lo demás ocurrió inevitablemente.

Ella ansiaba respeto y comprensión, acaso porque Lowell la había ido arrastrando en su caída. Era sencilla y digna, capaz de hacer feliz a un hombre.

En las relaciones de ambos jóvenes no existió sino un amor limpio.

Lea se hizo respetar, porque su marido, Peter Lowell, vivía aún y era, por lo tanto, su mujer.

El aceptó las condiciones. No le negó a ella que la amaba también, pero por el momento toda relación entre ambos no podía ser más que amistosa.

Pasaron varios meses, un año. Peter Lowell no caía en poder del F. B. I.

Se trataba de un ser inteligente y astuto.

Por fin Lou llevó a la joven la noticia. Los agentes especiales, que no habían dejado de buscar al fugitivo lo tenían casi cercado.

Era ya sólo cuestión de días el que cayera en poder del F. B. I.

Y después, la silla eléctrica irremediablemente.

Lowell se dirigió a la desesperada a Louisville, una población donde, según todas las apariencias, le resultaría más difícil todavía escapar de la Justicia.

En su vida pública, Lowell ejercía, hasta el momento en que se descubrió toda la verdad, un alto cargo en una empresa de la ciudad.

Pensó el F. B. I., que tal vez la desesperación le obligaba a dirigirse allí por el mero hecho de que tenía en esa ciudad un importante número de amigos.

El resto ocurrió inesperadamente. Dentro de la ciudad, el F. B. I.,

cerró más el cerco en torno a Lowell.

Ya sólo le quedaban escasas horas de libertad. Entonces apareció muerto. Se había caído desde una planta alta, partiéndose la columna vertebral y el cuello al chocar contra unos bloques de

piedra.

Lea acudió al entierro. Al regreso, cerrado ya el asunto Lowell, la vida se abría de nuevo para ella.

Pero aún Lou esperó. No era delicado hablarle de sus asuntos personales todavía.

Tácitamente, sin embargo, existía un acuerdo entre ellos. Se amaban. En cuanto desapareciese el obstáculo que los separaba, se casarían.

Pocos días después, el agente especial la cogió en sus brazos y la besó. Era la primera vez que lo hacía. A continuación le rogó que fuese su esposa.

Ella aceptó. Nunca había querido a Peter Lowell. Las circunstancias la obligaron a aceptarlo, por su madre. Ella carecía del dinero necesario para intentar su curación a raíz del accidente que la convirtiera en una paralítica.

Lowell ocupaba una buena situación económica y era un hombre correcto.

Lo que no supo ella hasta dos años después de la boda fue que su marido formaba parte del servicio de contraespionaje norteamericano. Y lo que nunca hubiese podido sospechar que, amparado en esa segunda personalidad, Lowell ocultaba una tercera: hombre vendido al dinero de una potencia extranjera, espía de un país enemigo.

Su capacidad extraordinaria la demostró al conseguir escapar del F. B. I., durante un año de continua persecución.

Sobrepasaban ya Tenaflly, una pequeña población, cuando Lou viró por una carretera secundaria.

Aminorando la marcha, condujo hasta el Hudson.

Una gran extensión de árboles se alineaba a lo largo de la orilla.

—¿Nos quedamos aquí, o prefieres que continuemos?

Lea se encogió de hombros. En cualquier lugar tendría miedo de que él descubriese la horrible verdad.

Aparcó el «Mercury» en la carretera federal que bordeaba el río y descendieron del vehículo.

Ella procuraba no mostrar sus ojos a la mirada del agente especial.

Se sentaron en la hierba. Rechazó el cigarrillo que le ofrecía Lou.

—Hoy traigo buenas noticias —dijo él rompiendo el silencio.

Al no obtener contestación, prosiguió.

—Me concederán el permiso para casarme y unas vacaciones.

Tampoco contestó ella. Un rictus de sufrimiento crispaba su boca.

De pronto la cogió la cara, obligándola a volverse hacía, él.

La mirada masculina le taladró los ojos. Ella bajó la cabeza, como avergonzada.

—No te comprendo, Lea. Hace unos días parecía significar tanto para ti...

Los labios de Lea se movieron brevemente sin emitir una sola palabra.

Su mente estaba repitiendo: «Yo no soy libre, Lou. Él vive. Lowell vive aún. Y soy su esposa».

Pero no lo dijo. No podía decírselo porque existía una mujer, su madre, que tenía derecho también a la vida. Una pobre mujer parálitica a quien apagarle la esperanza de una lenta curación era también matarla.

—Dentro de pocos días, tres o cuatro, recibiré la autorización. Desde ese momento podremos casarnos.

Tragó saliva Lea antes de hablar. Su voz sonó henchida de un extraño matiz doloroso:

—Será... será necesario aplazarlo... Lou.

El la miró con la mayor sorpresa pintada en su expresión.

Por segunda vez, la joven hurtó sus ojos a la mirada escrutadora del agente especial.

—¿Por qué, Lea?

Y como no obtuviese ninguna respuesta:

—Tengo derecho a saberlo, ¿no? ¿Qué ocurre, Lea?

Intentó cogerla en sus brazos. No estaba enfadado. La quería demasiado para ello.

No pudo conseguirlo, porque la joven se levantó. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Prométeme no hacerme ninguna pregunta, Lou.

—Pero Lea, ¿qué ocurre? —Su voz tenía ahora un leve acento de indignación—. ¿Quieres acaso que me vuelva loco? ¡Habla!

Ella movió los labios para susurrar nuevamente el ruego.

—Sea lo que sea —dijo—, yo te quiero más que a nada en el mundo, Lou. Pero no me preguntes nada. Por favor.

Luego, añadió:

—Llévame a casa.

No se negó el agente especial. Una arruga profunda le cruzaba la frente. Montaron en el «Mercury» y el agente lo puso en marcha.

Durante el viaje de regreso no cambiaron una sola palabra.

Pero Lou pudo advertir que la joven lloraba en silencio, pese a los intentos que debía hacer por ocultar sus lágrimas.

Al parar ante la casa de Lea, el agente especial quiso besarla.

Para hacerlo la volvió la cara hacia él con suavidad.

Vio entonces los ojos femeninos nublados por el llanto.

Y cuando acercaba sus labios a los de Lea, ésta apartó la cara.

Nuevamente le rogó:

—No, Lou; por favor...

Sin insistir, el policía abrió la portezuela del coche para que saliera.

Formuló la pregunta habitual:

¿Te veré mañana?

—No, Lou. Yo te avi... saré.

Antes de que pudiera pedirle una explicación, Lea corrió hacia la verja.

El agente la vio atravesar la acera y penetrar en el jardín que rodeaba el hotelito.

Ella no se volvió como otras veces para despedirle con la mano.

Su espalda desapareció al otro lado de la verja.

Y esa espalda temblaba agitada por los sollozos.

Tardó Richter unos momentos en poner nuevamente el marcha al «Mercury».

La casa alquilada por Lea se hallaba situada casi en el extremo sur de Jersey City.

El agente especial condujo hacia el Norte, para buscar el sitio donde pasar a Nueva York.

Mucho antes de llegar a Holland Tunnel viró en redondo, tomando de nuevo el camino que acababa de recorrer.

Pisó ahora el acelerador, descendiendo a velocidad Garfield Avenue.

Antes de llegar a la zona donde se encontraba el hotelito de Lea

buscó una transversal menos frecuentada para dejar el coche.

El resto del camino lo hizo a pie, aunque de prisa.

Se acercó a la casa con precaución por uno de los costados y muy arrimado a las verjas de las demás residencias. De esa forma, Lea no podría descubrirle desde sus ventanas.

No había nadie en la calle. La tarde declinaba, facilitando su labor.

Empujó suavemente la verja del jardín, que cedió. Lea no solía echar la llave.

Después de un último vistazo a los alrededores, entró.

Le convenía encontrar un sitio desde el que pudiera vigilar la casa sin ser descubierto si alguien penetraba en el jardín.

Se alzaba un pequeño cenador en un extremo, cubierto por paredes de verdor.

El descuido en que se encontraba añadía seguridad a su trabajo. Los arbustos crecían libremente.

Se escondió dentro del cenador, abriendo un hueco en una de sus paredes, entre las ramas espesas que la formaban.

Desde allí veía perfectamente la fachada principal del hotelito, así como la verja de entrada al jardín y la senda que lo cruzaba hasta la puerta del edificio.

No tardó en anochecer. Sólo se encendió una luz en la casa, la del dormitorio de Lea, en la segunda planta.

Lou permanecía inmóvil en el escondite, fijo en el edificio que iba siendo añadido a la oscuridad más negra por momentos de la noche.

Pasaron los minutos, tal vez hasta treinta o más.

Desde la desembocadura del Hudson llegaban hasta aquel extremo de Jersey City las sirenas de los barcos.

Algo más arriba, como flotando en el espacio, se alzaban los millones de luces de Nueva York.

Percibió ruido de pasos en la acera. Su cuerpo se tensó como si fuese a saltar contra un enemigo.

Había sido una falsa alarma. Las pisadas siguieron su camino, pasando ante la verja.

Transcurrieron muchos minutos más. Ya empezaba el agente especial a creer que no se produciría nada, cuando oyó que la puerta del hotelito se abría.

Contuvo la respiración. Su mirada se fijaba, dura, hiriente, en el oscuro rectángulo.

No dieron ninguna luz, pero creyó distinguir la silueta de una persona bajo el marco de la puerta.

No se equivocaba. El bulto descendió los escalones y pisó la grava del sendero.

Aún no podía apreciar sino una sombra confusa. El fondo negro de la puerta, que acababa de cerrarse, apenas salió la persona en cuestión, se lo impedía.

Pero el ruido producido por los pies sobre la arena no dejaba lugar a dudas.

¡Era un hombre!

Los zapatos de una mujer jamás habrían sonado así al aplastar la grava.

Lou sintió una sacudida seca, dolorosa, cruzarle el cuerpo. Luego, una sensación extraña, como si todo él se hubiese convertido de pronto en un bloque de hielo.

No pudo moverse. Lo intentó sin conseguirlo. Las piernas parecían clavadas en el suelo del cenador.

Por la abertura vio al visitante de Lea. Y sí le quedaba aún alguna duda, se desvaneció entonces.

Al cruzar la verja para abandonar el jardín, su silueta se marcó casi netamente sobre la calle.

Vio las espaldas del hombre, corrientes de anchura. Vio sus piernas separadas y el sombrero con que se cubría.

Notó que sus dientes se encajaban. Un sudor frío le llenó la frente. Dentro de su pecho, el corazón parecía haber dejado de latir.

Cuando pudo reaccionar y moverse, el hombre había desaparecido en la calle. No hizo nada ya por seguirle. ¿Qué más daba quién fuese? ¿Qué importaba su rostro?

En la casa se apagó la luz del dormitorio.

Con paso tambaleante, el agente especial salió del jardín.

La calle estaba desierta. El anduvo sin dirección fija, igual que si estuviera borracho.

Su pecho sentía cómo se estaba desgarrando una gran ilusión.

Y era doloroso. Más que el dolor que produce una herida, más que todo cuanto hasta entonces había dañado su cuerpo o su alma.

Lea Selinch.

Pronunció su nombre. Había llegado a quererla como jamás pudo suponer que sería capaz de amar a nadie. Había llegado a quererla más que al alimento y al aire que respiraba.

Y todo, ¿para qué?

Era fuerte y podía herir a su vez. Era más fuerte, mucho más con toda seguridad, que el hombre que acababa de abandonar el hotelito. Más que los dos juntos. Y los destrozaría.

Se rió de su pensamiento absurdo. Aunque los matara, no podría causarles la décima parte del daño que a él le hacían.

Anduvo por las calles solitarias de aquel extremo de la población.

Sus ideas trazaban un círculo en torno a la mujer por quien horas antes hubiese dado la vida.

Se metió en un bar y bebió hasta notar que su mente se embotada.

Después continuó callejeando sin rumbo, a través de una desesperación negra y dolorosa.

Ahora sabía ya quién era Lea, qué era.

La palabra infamante le dejó en los labios como una quemazón extraña.

Empezaba a comprender a aquella mujer.

El, Lou Richter, fue el objeto al que se asió antes de hundirse en la ignominia y en el fango.

Lo comprendía ahora con la misma nitidez que vio las espaldas del hombre al atravesar la verja.

Cuando conoció a Lea, ella estaba aterrada. Sabía cuál iba a ser su destino. Esposa de un traidor, de un ser destinado a la silla eléctrica, con seguridad colaboradora de Lowell, se dio cuenta de lo que también a ella le esperaba.

Y entonces apareció un imbécil, él, Lou Richter.

Se enamoró de la mujer. ¿No era una suerte?

Lea se agarró a él como a la única posibilidad de salvación.

Incluso Lowell debió seguir empleándola mientras flirteaba con un agente especial, con uno precisamente de los policías que tenía que demostrar la culpabilidad de su esposo.

No la había costado a ella seguir el juego... Se limitó a hacerle creer, que también estaba enamorada de él.

Hasta el momento que, muerto Peter Lowell, ella no podía seguir

engañándole. Porque la había propuesto el matrimonio.

No amándole, ¿por qué motivo iba a aceptar? Ya no era necesario. Ya no tenía que salvar el pellejo. Lowell era quien hubiese podido poner en peligro su vida si le agarraba el F. B. I.

Entonces habría cantado. Entre otras muchas cosas, que su mujer, la dulce Lea, era como él una espía al servicio del enemigo.

Desde el día en que regresó la joven de Louisville, del entierro de Lowell, todo había cambiado.

Si no le rechazó entonces fue por mera prudencia. No podía romper con él de golpe. Lo iría haciendo poco a poco, espaciando sus entrevistas...

Las lágrimas de aquella tarde, otra farsa. Su amor, mentirá, una astuta salvaguardia que supo buscarse Lea contra posibles acontecimientos.

Mientras le engañaba y le necesitaba, existía otro hombre, el mismo que una hora antes estuvo con ella arriba, en la segunda planta.

El chirrido de un frenazo le arrancó los pensamientos.

Casi se había metido debajo de las ruedas de un coche.

Su conductor se lanzó fuera, creído de que acababa de aplastarle.

Al verle indemne empezó a insultarle.

Lou se limitó a encogerse de hombros. Estaba un poco borracho, pero su «*whisky*» era triste, no belicoso.

Además, el chófer tenía razón. Él era un imbécil.

Al ruido de las voces acudieron varios transeúntes.

Uno opinó que debían trasladarse a su casa. Antes de que Lou pudiera contestar le metieron en el coche. Era un taxi, y él ni siquiera se dio cuenta antes.

Se dejó llevar. ¿Qué podía importarle nada? Aquella era la noche más negra de su vida.

## VI



L inspector Wegener hizo ademán de rascarse el cabello, ya gris.

—Repita eso, Lou. O yo he oído mal, o usted se ha vuelto loco. ¿Qué demonios le ocurre ahora?

—Es muy sencillo, inspector —repitió el agente especial Richter—. Ya no necesito esa autorización.

Evidentemente había oído bien el inspector. Y esta vez sí se rascó la cabeza, perplejo.

Además, la voz de Lou no dejaba lugar a dudas. El agente especial no estaba bromeando. Sus palabras eran graves, matizadas por un acento de hondo dolor.

De todas formas, Wegener no acababa de comprender aquello. Lo interpretó a su manera. Y como entonces no estaba de servicio

decidió hacer lo que solía en ocasiones semejantes.

—Bueno, Lou. Vamos por partes. Una regañina, ¿no? Le contaré lo que me ocurrió a mí en un caso parecido. Estaba a punto de casarme también. Ella me invitó a su casa. Yo, dueño ya del terreno, maldito si me preocupé de las colillas y demás bagatelas. El caso es que en un rato puse la casa perdida de porquería. Entonces, Sully...

—Ése no es mi caso, señor.

Inverosímil. Jamás un subordinado se había atrevido a cortar un relato de Wegener, sobre todo tratándose de su mujer.

El inspector abrió la boca, sin decir nada esta vez. Arqueó las cejas, frunció la frente.

Debió ver algo demasiado serio en la expresión del agente especial para no reaccionar de su manera favorita, dando puñetazos sobre la mesa y protestando de que sus intenciones no eran otras que dar un consejo, un buen consejo.

Lo único que acertó a formular fue una pregunta:

—¿Pero qué ha ocurrido, entonces? ¿De verdad no ha existido una buena, riña?

—Lea Selinch, la mujer con quién pensaba casarme, tiene ya otro hombre.

El inspector se levantó despacio del asiento.

—Espere, Lou. Eso es serio, demasiado serio. ¿Meras conjeturas, o existen pruebas?

—Pruebas irrefutables.

Callaron los dos unos segundos, hasta que Wegener rompió de nuevo el silencio:

—Acaso sea meterme en asuntos que no me conciernen, Lou. Pero me gustaría ayudarle.

Ahora ya no parecía el inspector dispuesto a la broma.

—Puede hacerlo. No consideraré una intromisión su parecer.

—Gracias, hijo. Reflexionemos. ¿Qué pruebas posee?

—Un hombre estuvo con ella, en su casa; más aún: en su dormitorio.

—Bueno, eso no debe ser suficiente.

—Durante meses, la mayor ilusión de esa mujer pareció ser que llegara el día de su libertad para casarse conmigo. Apenas desaparecido el obstáculo, es decir, Pete Lowell, me indica que debemos aplazar la boda. La misma tarde, después de montar una

comedia para que la dejara, un hombre estuvo con ella en su casa.

—¿Les vio en esa habitación, Lou? Se trata de un punto esencial.

—No. Sospechando que ocurría algo anormal, me escondí en el jardín. Un individuo salió de la casa una hora después aproximadamente de que Lea regresara a ella.

—Podía tratarse de otra clase de visita muy distinta a la que se imagina, Lou.

—Usted mismo juzgará. Aquella noche creí que iba a perder la razón. Me emborraché cuando todo mi ser pugnaba por destrozar a la miserable y a ese hombre. Al día siguiente, ya calmado, reflexioné, dándome cuenta de que necesitaba una prueba más importante.

—Bien pensado. Muchas veces las apariencias engañan.

—Eso me dije yo. Volvió a Jersey City al anochecer, entrando por segunda vez en el jardín. Ocurrió igual que la noche anterior, pero vi cómo el desconocido entraba en la casa con su propia llave. ¡Tiene una llave del hotelito!

Para cualquier hombre era una prueba más que suficiente. El inspector pareció rendirse a la evidencia.

—Lo siento, Lou —dijo—. Usted estaba enamorado de verdad de esa mujer.

—Así era, en efecto.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Nada. Usted tiene en la mano la autorización para mi boda. Rómpala. El primer impulso me habría conducido a cometer una barbaridad. Pero un policía no puede ponerse fuera de la Ley.

—Ya. Comprendo.

—Procuraré olvidarme de todo ello.

Inesperadamente, Wegener hizo una pregunta extraña.

—¿Qué hay del asunto Norton?

Se refería al caso en que trabajaba entonces Lou Richter.

—Avanzamos muy despacio. Aunque creo que le solucionaremos pronto. Es de los más fáciles.

—Usted abandonará el caso desde este momento.

—¿Yo?

—Desde luego. Hablaré con el inspector que lo dirige para que le sustituya.

—No comprendo, inspector.

Antes de explicarse dio varios pasos por el despacho Wegener.

—Cuando descubrimos quién era en realidad Peter Lowell, estuvimos casi seguros de que su esposa actuaba con él. ¿Lo recuerdas, Lou?

—Sí. Me encargaron a mí que lo investigara, precisamente.

—Esa mujer demostró una habilidad poco común. Unos meses después, nos convenció de que era inocente, de que no tenía nada que ver en absoluto, con las actividades de Lowell.

—Eso es lo que acabamos creyendo todos.

—Desde aquel momento cesamos casi de vigilarla. Y usted empezó a salir con ella. Durante todos estos meses no sólo no ha descubierto nada sospechoso en su vida, sino que la creía sinceramente una mujer digna, necesitada de ayuda: una mujer, en fin, con quién usted podía unirse para toda la vida.

Ya no sonreía Wegener. El momento de las bromas había pasado. Su semblante,...casi tan grave como el del agente especial estaba tenso. En sus ojos podía leerse el trabajo que realizaba su mente para abarcar la situación exacta en la que se encontraban, tanto él como los Richter:

—Es indudable —prosiguió— que Lea Selinch, o la señora Lowell, como prefiramos llamarla, comprendió la utilidad de entablar relaciones amistosas con un agente especial. Para ella debieron ser momentos muy difíciles aquéllos en que se descubrió la doble personalidad de Peter Lowell. Supo actuar captándose sus simpatías, hasta un extremo que acaso ni ella misma sonará.

—En consecuencia —le cortó el agente espacial—, ella afianzó nuestra amistad por todos los medios de que pudo disponer. ¿Es eso lo que piensa, inspector?

—Exactamente. El, peligro se precipitaba contra ella de un solo lado: del

F. B. I.,

Haciéndose pasar por uno de los agentes especiales encargados de su caso, eliminaba: él riesgo. ¿Se da cuenta, Lou de cuál fue el juego de esa mujer?

—Desde luego. Hace días me habría sido imposible pensar de esta forma. Ahora, ya...

—Hizo más aún que conquistarle, Lou. Se trata de una mujer joven y hermosa, inteligente y astuta, según todo lo demuestra. Una

vez que consiguió su primer propósito; es decir, que usted la quisiera, puso en juego la segunda parte de su plan. Usted tenía que desearla para esposa. De esa forma, el peligro desaparecería para siempre.

El agente especial se dejó caer sobre una silla. Inflexible, Wegener continuó:

—Ello no arriesgaba nada en el juego. Mientras Peter Lowell siguiera existiendo, no era libre para verse obligado a cumplir la palabra que le dio de corresponderle. Esa situación tenía que terminar un día u otro. Claro que para entonces...

Ofreció el inspector tabaco a Lou, rechazando éste el cigarrillo. Las frases de Wegener, impersonales y reales, dirigidas sin rodeos hacia la verdad, le hacían daño.

—Por fin, Lowell muere. Ella queda libre. Y usted, creyendo ser correspondido en sus sentimientos, la propone el matrimonio. Entonces le rechaza. Ya no le necesita, Lou, porque al morir Lowell nadie puede acusar a esa mujer de complicidad con su marido. El testigo que acaso la hubiera llevado a la prisión ha desaparecido de la tierra. ¿Para qué seguir más la farsa?

El agente especial se levantó de golpe, con las facciones contraídas.

—¡Cállese, por favor! —rogó.

—No. Ahora no se trata de sentimientos, Richter. Es algo más lo que está en juego.

Se acercó a Lou, para mirarle fijamente.

—Dos factores pueden haberla obligado a obrar de esa forma; el miedo a que, siendo inocente, las circunstancias la hiciesen aparecer como culpable a nuestros ojos. En consecuencia, buscó una protección, la que se le ofrecía, que fue usted. El segundo motivo es grave: su verdadera culpabilidad, el que hubiera estado unida a Lowell por algo más que el matrimonio, el que ella sea espía también.

Lou miró a su jefe, sorprendido. Ahora comprendía el rumbo que habían tomado desde el principio sus razonamientos.

—El caso Lowell está cerrado; ha terminado con su muerte; pero queda por resolver el caso Lea Richter, viuda de Peter Lowell. Y yo le encargo que trabaje en él, Lou.

Al agente especial le causaron las palabras de Wegener un

estremecimiento.

—Es demasiado. Yo no podría.

—No disponemos de otro hombre mejor situado en el asunto. Lo siento. Sé lo que significa esa mujer para usted. Sé lo que va a sufrir haciendo eso. Emplear a uno cualquiera nos haría perder mucho tiempo. Es usted el único que puede llevar a cabo la misión con rapidez y con éxito.

Fue a replicar el agente especial, pero Wegener se lo impidió:

—Ella misma se ha delatado al rechazarle, Lou. No logro explicármelo de otra forma. Y el

F. B. I.,

no puede retroceder ante los intereses personales de ninguno de sus miembros. Le conozco desde hace bastante tiempo, y sé que conseguirá sobreponerse y trabajar bien en el asunto. Sobre todo, no olvide una cosa: mientras Lea Selinch estaba jugando con su corazón, tenía ya a otro hombre, al hombre que debe haber elegido libremente.

Igual que si acabara de recibir una bofetada, Lou enrojeció.

Al advertirlo, el inspector dijo:

—Perdone que trie exprese de esta forma. Pero es necesario. Hoy mismo abandonará usted el caso en que trabaja, para dedicarse de Heno a esa mujer. Tenga en cuenta una cosa: de ser ciertas mis suposiciones, ella estará en contacto con otros espías, posiblemente con los que ayudaron a su marido. No luchará, pues, con una mujer, sino con un grupo de espías. Y estará usted solo a menos que comprenda imprescindible la colaboración de más agentes especiales. En cuanto Lea descubriera que estaba usted en contacto con, otros compañeros, se daría cuenta de nuestras intenciones.

Ya no eran opiniones las que expresaba Wegener. Las últimas frases las pronunció como lo que encerraban: órdenes concretas.

Dijo aún, dando por terminada la entrevista y suavizando la voz:

—No considere que soy cruel con usted, Lou. En circunstancias así tenemos que dejarnos de sentimentalismos y de intereses propios. Obra en bien de la Justicia. ¿De acuerdo, Lou?

Tardó un minuto en contestar al agente especial. La mirada del inspector se clavaba en él.

—Haré lo que pueda, señor —dijo.

Pero estaba pensando que era demasiado lo que esperaba de él

Wegener.

## VII



IN embargo, estaba preparado, o creía estarlo, cuando ella le llamó por teléfono, al día siguiente, para concertar un encuentro.

Quedaron en verse en Nueva York, en Central Park, a primera hora de la tarde.

La hora convenida era las cuatro, y los dos fueron puntuales.

Lea parecía otra muy distinta a la que pocos días antes le pidiera con voz extraña que aplazara la boda. Incluso distinta a la mujer que anteriormente a ese momento conociera el agente especial.

Ella misma le propuso ir a cualquier playa, para divertirse.

Lou aceptó en seguida. El ejercicio físico ocupa muchos minutos que en otra situación pueden crear silencios, pausas embarazosas en

un diálogo.

Respiró tranquilo, pensando que le sería mucho más fácil disimular entregado a la natación o, simplemente a ver correr las nubes, tumbado en la arena boca arriba.

No se equivocaba. La tarde transcurrió tranquila y agradable. Se bañaron en Coney Island, la playa preferida por ambos, y, al menos aparentemente, se divertieron.

Lea sufría. Era evidente que algo entristecía su corazón, aunque procurara disimularlo.

El agente especial creyó que, siguiendo su juego, simulaba esa tristeza. Y sintió asco por el papel que representaba.

Pero pasó gran parte de la tarde sin un solo incidente entre ellos.

Desde luego, algo se había roto en los que les unía antes. Pese a sus risas, cualquiera hubiese adivinado al observador que, más que alegres, estaban algo violentos, nerviosos.

Los chapuzones casi continuos les evitaron tener que hablar a menudo. Tal vez gracias a eso no saltó la chispa que podía precipitarlo todo.

Al atardecer regresaron al Mercury. Lou propuso pasar el resto de la tarde en un baile.

Como ella aceptara, la condujo el agente especial hacia el sitio donde pasaron las mejores horas de lo que parecía ya un pasado.

Pero lo hacía no como quien dispone de tiempo. Por Ocean Parkway atravesaron hacia el Norte gran parte de Brooklyn.

Apretaba el acelerador, acaso sin darse cuenta, llevando una velocidad peligrosa.

En otras ocasiones, cuando hacía eso, ella solía protestar, obligándole a moderar la marcha.

Aquella vez no dijo nada.

Ante Prospect Park, Lou viró por la avenida Catón, para llegar a Flatbush Avenue.

Alcanzada ésta, la siguieron en línea recta hasta penetrar en Manhattan, por el puente del mismo nombre.

Cuando llegaron al Fluss, no habían cambiado una sola palabra.

Estaba anocheciendo. Los luminosos encarnados de la elegante «boite» teñían de un fantástico matiz el asfalto de la calzada.

El portero les saludó al pasar. Eran conocidos en el local como clientes asiduos.

Un camarero les condujo a la mesa que sabía preferida por la pareja.

Durante los primeros minutos, mientras les traían lo pedido, el agente especial se ocultó casi en una nube de humo.

A través de ella veía el rostro de Lea. No era agradable estar allí con ella, donde habían transcurrido los ratos más inolvidables, sabiendo que ahora la perdía.

Sintió ganas de agarrar aquella cara y abofetearla, por el daño que Lea le hacía.

Cuando se vieron, horas antes, estuvo seguro de que lograría soportar la prueba y entregarse de lleno a la misión encomendada.

Ahora, por el contrario, se daba cuenta de que, pese a todo, le costaría demasiado hacerla daño. Espiarla día tras día, hasta demostrar la culpabilidad de la mujer a la que seguía amando. Y conducirla a la silla eléctrica.

Se estremeció el agente especial.

El camarero colocó entre ambos el cubo con la botella de champaña.

Bebió Lea a pequeños sorbos, paladeando el líquido dorado y espumoso.

Mientras él vaciaba la segunda copa, de un solo trago, pensó que, según sus cálculos absurdos, en aquellos momentos deberían estar brindando por su mutua felicidad.

Se levantó Lou con cierta brusquedad la obligó a imitarle y la llevó hasta la pista.

No había demasiadas parejas. Aún era pronto para que se llenara Fluss.

Sin embargo, Lea se dejó llevar, y hasta pareció complacerse en que el agente especial la ciñera la cintura.

¿O se equivocaba, acaso?

La suponía, debido a los recientes acontecimientos, una consumada actriz, y pensó que ella intentaba aprovechar el momento para engañarle más.

Sin darse cuenta, Lou había apretado los dientes. Estaba algo pálido.

La soltó con rabia, olvidándose de cuál tenía que ser su papel ante la joven.

Y Lea fue la que le atrajo hacia sí misma, levantando los ojos

hacia el rostro masculino.

—Por favor, Lou —susurró—. Es tan agradable sentir que tú...

No acabó la frase. Sus palabras parecieron quedar ahogadas en un sollozo que no llegó a romper en su garganta.

La mano derecha de Lou, libre del contacto de la joven se cerró con fuerza.

Un arrebató de rabia le estaba atravesando el corazón. Tuvo ganas de pegarla, de escupir sobre aquella cara de comedianta perfecta su desprecio.

No lo hizo, pero la ciñó con fuerza, según ella le pedía. Apretó, sin preocuparse de que podían verlos, hasta que el cuerpo de la joven se estremeció de dolor.

—¡Lou! —exclamaba ella, ahogadamente—. ¡Por Dios, Lou! ¿Qué te pasa? Me haces daño.

Él no contestó. Bajó la vista, clavándola en el rostro que había reunido para él todas las perfecciones de la tierra.

Ella respiraba anhelante, con el temor velando sus ojos.

La mirada del agente especial brillaba llena de fuego y de coraje. Una sonrisa irónica, triste al tiempo, entreabrió sus labios.

La acusaba, en silencio, y ella bajó la cabeza, huyendo de su mirada.

«Al menos —pensó Lou— no es tan cínica».

Pero aquel pensamiento le atravesó el cerebro como un dardo de fuego.

—¿Estás enfadado... por lo de la otra tarde?

Su respuesta fue una pregunta cruel, henchida de sarcasmo:

—¿Tú qué opinas? ¿Qué debía ponerme a dar saltos de alegría?

Por un momento, en las pupilas aceradas del agente especial brilló la rabia.

Lea había enrojecido. Fue en realidad como una bofetada la respuesta de Lou, hiriente por su significado y por el acento con que la pronunció.

Ella apartaba la vista, incluso bajó nuevamente la cabeza.

No podía verle Lou los ojos. Por eso no descubrió que los tenía llenos de lágrimas.

Cuando terminó la pieza, anduvieron hacia su mesa en silencio.

Lo que les estaba esperando desde hacía tan pocos días se agravaba más y más. No podía ser de otra forma.

Ya sentados, él se entretuvo en mirar a los demás clientes de la «boíte».

Aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, recorrió con la vista el lujoso local.

Una semipenumbra suave creaba el ambiente propicio para la confidencia y el amor.

Lou Richter no era un sentimental. La vida había sido dura para él, lo suficientemente dura para formarle un carácter de hierro. En el

F. B. I.,

sus jefes le consideraban capaz de sobreponerse a cualquier afecto que pudiese apartarle de su deber.

Y él tenía también esa opinión de sí mismo.

Sin embargo, en aquellos momentos estaba sintiendo que su entereza se desmoronaba.

Tal vez porque amaba demasiado a Lea, porque la quería como jamás había querido a ninguna otra mujer.

Un rictus de amargura crispó sus labios.

Por segunda vez en pocos minutos, un pensamiento doloroso como una herida de arma blanca le taladraba el cerebro.

Se repitió a sí mismo ese pensamiento lacerante:

«La amo más que a nada en el mundo. Y la tengo que llevar a la silla eléctrica».

Desde muy cerca, desde el otro lado de la pequeña mesa, le llevó un ruido inesperado.

Volvió con presteza la cabeza. Lea acababa de verter el contenido de su copa.

El agente especial se dio cuenta, por el temblor de los dedos femeninos, de lo ocurrido.

Había llenado ella su copa, intentando llevársela a los labios.

Y sus dedos, que debían ya temblar como ahora la habían dejado escapar.

El líquido se extendía por la superficie de madera, empapando el mantel.

Lea no hizo nada por apartarse de la mesa o por en jugar el champaña.

Debía sufrir también con aquella situación extraña. Sufría, en realidad, mucho más que él.

Sólo entonces descubrió Lou que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Habló sin poder evitarlo, sintiendo que un nudo de emoción la estrangulaba el ritmo del corazón.

—Daría años de mi vida por saber qué te ha ocurrido. ¿Por qué la otra tarde...?

No. No podía revelarle la verdad. Hizo un movimiento negativo la joven con la cabeza. Sus labios se entreabrían como si le faltase aire en los pulmones.

Musitó unas palabras entrecortadas. La desesperación las convertía en un balbuceo:

—Ten fe en mí, Lou.

Las facciones del agente especial se endurecieron. Por unos momentos pareció convertirse en un hombre de presa.

—He tenido demasiada —la insultó, con el sentido de sus tres palabras—. Puedo darte una última ocasión. Me han autorizado ya. Podemos casarnos mañana mismo.

El líquido vertido caía, gota a gota, sobre la falda de Lea.

Ella no contestó. Para el agente especial fue suficiente. Su cuerpo estaba rígido, crispado.

—Eso significa que amas a otro hombre. —¡No!

La voz del agente especial se convirtió como en un cuchillo:

—¡Existe otro hombre!

La cogió la muñeca, clavando en ella sus dedos. Estaba como loco.

De las mesas más cercanas les miraban. El escándalo se cernía sobre ellos.

—¡Confíesalo! ¡Existe otro hombre!

La hundía los dedos en la muñeca hasta hacer que la cara de Lea adquiriese la lividez del papel.

—¡Un hombre que se interpone entre nosotros! ¡Habla!

Fue el dolor lo que la obligó a desencajar los dientes, y exclamar:

—Sí...

El la soltó. En sus pupilas apareció una llamarada de locura.

En los ojos que, al fijarse en Lea, le arrojaron el peor insulto que puede infligirse a una mujer.

Como si aquella mirada la golpeará en plena cara, Lea se

levantó.

Retrocedió unos pasos, con el estupor marcado en cada uno de sus rasgos.

Luego empezó a andar entre las mesas.

Avanzó hacia la salida igual que un autómatas. Sólo su espalda, estremecida por los sollozos, demostraba cuál era el impulso que la movía: el dolor.

Fue una risa, cercana, la que hizo reaccionar al agente especial.

Bruscamente, él también se levantó, tan bruscamente que tiró la silla al suelo.

Se pasó la mano por la frente, y anduvo de prisa, tras los pasos de ella.

A su alrededor, en las mesas próximas, reinaba un silencio expectante. Pero él no se daba cuenta de nada. Sorteó a varias personas.

Lea ganaba ya la salida. No pudo alcanzarla antes de que la atravesara.

El portero le señaló la dirección seguida por la joven. Lou no advirtió la ayuda que le prestaba el empleado de uniforme.

Fuera del Fluss la calle se extendía por la oscuridad a ambos lados.

Frente a la «boíte», un rectángulo de resplandor rojo. Más allá, las tinieblas.

Miró el agente en ambas direcciones. Una fila de coches estaban aparcados al borde de la acera. Entre los vehículos y las fachadas de los edificios sólo vio el negro túnel formado por la noche.

Dio varios pasos por la acera, al azar. Y fueron sus sollozos los que le ayudaron a descubrirla.

Estaba, muy cerca de la puerta, apoyada contra la pared.

Supo que él se acercaba al sentir que las manos de Lou la asían por los hombros.

El agente especial no pudo ver la expresión del rostro femenino que alzó hacia él su dolor.

Sintió primero una honda emoción llenarle el pecho. Luego, inesperadamente, la misma sorda rabia, el despecho que le obligó a insultarla dentro del Fluss:

—¿Quién es ese hombre?

Su acento era seco, su proceder, brutal, pero no obraba sino

impulsado por la rabia y la decepción de creerse burlado por la mujer a que amaba tanto.

—¡Basta ya de lágrimas! —prosiguió, al no obtener respuesta—. Es ya hora de que digas toda la verdad. Te he servido de juguete.

Una sombra se había deslizado desde la puerta del Fluss hasta muy cerca de ellos.

Al escuchar las palabras del policía, esa sombra retrocedió más allá incluso del sitio del que procedía.

Lou no lo advirtió. Sus dedos sujetaban a Lea, con fuerza, por los dos hombros.

—¿Quién es ese hombre?

Empezó a clavar más y más los dedos sobre los hombros femeninos.

No se daba cuenta apenas de lo que hacía. La rabia llenaba su pecho. Apretó todavía, mientras Lea empezó a retorcerse de dolor.

—¡Dilo! ¡Dilo! ¿Quién es?

Eran las manos brutales las que impedían que se desplomara el cuerpo de la joven.

Mezclado a un gemido de dolor, un nombre surgió de los labios de Lea:

—Pe... ter Lowell...

La soltó de golpe, tirándola contra la pared. Las piernas de Lea debieron fallarle y se desplomó.

Los dos disparos sonaron al mismo tiempo, detrás de Lou Richter.

Notó el agente especial silbar las balas junto a su cabeza. Esquirlas de piedra saltaron de la pared.

Una le hirió en la frente. Aunque él no pudo oír el estrellarse de los proyectiles contra la fachada, porque el ruido de un motor, al ser acelerado bruscamente, ahogó el sonido de los impactos.

Lea no había sido alcanzada. El agente especial lo creía así debido a que las esquirlas de piedra demostraban que las balas no encontraron lo que buscaban: carne humana donde morder.

Pero se cercioró de un rápido vistazo. Ella estaba en el suelo, asustada, pero no herida.

No perdió tiempo en la joven. Había escuchado perfectamente la especie de salto que dio un coche a sus espaldas, un segundo después del atentado.

Salió de la acera corriendo. Más allá, en la oscuridad, dos luces encarnadas se perdían en la noche.

El vehículo de los que intentaron matarle, o matar a Lea, tardaría menos de un minuto en desaparecer. Si no lo había hecho ya, era debido a qué ninguna bocacalle cruzaba aquella avenida.

La «Luger» del agente especial vomitó fuego, pero inútilmente. La distancia era demasiado grande.

Las luces rojas Se convertían ya en dos puntos diminutos.

Lou vaciló durante un instante. Luego saltó hacia atrás.

Halló lo que buscaba: otro coche.

Se metió en él sin fijarse siquiera si podía usarlo. Afortunadamente, la llave del contacto estaba en su sitio. El propietario debió bajarse por unos minutos tan sólo, dejándolo todo dispuesto para reemprender la marcha.

Un hombre se lanzó hacia el vehículo vociferando. Sin duda, su dueño.

Ya no podía oírle el agente especial. Había metido el pie hasta el fondo, en un intento desesperado por imprimir al coche el máximo de velocidad desde el principio.

No se trataba de ningún bólido, aunque podía servirle. ¡Si hubiese cogido su «Mercury»! Pero lo tenía aparcado algo más abajo.

A bastante marcha, sin embargo, taladró la noche, siguiendo la dirección tomada por los asesinos.

Comprobó que se acercaba poco a poco a las luces rojas.

La avenida, de relativa anchura, permitía una caza sin tregua. Mientras no torcieran los fugitivos, tenía Lou posibilidades de alcanzarlos.

Y lo estaba consiguiendo. Tal vez —dedujo— el coche al que perseguía no era más potente que el usado por él.

Se equivocaba. Comprobó, extrañado, al ganar más terreno a sus enemigos, que la silueta del coche pertenecía a un modelo muy reciente.

Pensó entonces que los criminales no se daban cuenta de que les perseguían.

Pero también estaba vez comprendió su error. Porque de pronto el vehículo que corría ante él empezó a ganar velocidad, una velocidad que Lou no podía conseguir.

Se le escapaban. Pero aún estaba lo suficientemente cerca de ellos para intentar detenerlos.

Moderó la marcha, empuñando la pistola. Disparó tres veces, después de apuntar. El resultado, producido medio segundo después, le hizo lanzar un grito de triunfo.

El coche de los atacantes iba ahora a la deriva, describiendo eses sobre el asfalto y con una de sus ruedas traseras destrozada por los balazos.

El que no se hubiera precipitado contra la acera demostraba la pericia de su conductor.

Lou se dispuso al asalto definitivo. Ya no lograría escapar el hombre que intentó matar a Lea, o tal vez a la joven y a él mismo, junto a la puerta del Fluss.

Aunque, de pronto, ocurrió algo con lo que no contaba el agente especial.

Un foco potente le cegó. Caía sobre él de frente, desde el coche enemigo.

El primer movimiento de Lou, instintivo, fue soltar una mano del volante y llevársela a los ojos.

Incluso con los párpados cerrados, el vivo resplandor seguía taladrando sus retinas.

Se dio cuenta de que estaba perdido, si no lograba destrozarse aquella luz cegadora.

Volvió a empuñar la pistola, y disparó sin poder, apuntar esta vez.

El cristal delantero del coche que guiaba saltó hecho añicos, salpicándole.

Pero el foco seguía allí, ante él, hiriente su luz poderosa. No había podido apuntar siquiera, y, en consecuencia, sus tiros resultaron inútiles.

Tampoco podía ya comprobar cómo seguían marchando sus enemigos. Incluso con una rueda agujereada le llevaban ahora ventaja.

Algo le pegó con fuerza en el rostro. Una rama, supuso.

Un hilo de sangre empezó a manar de su frente.

Comprendió que era una locura seguir a velocidad en semejantes condiciones, sin poder ver por dónde marchaba.

Aquel hombre, al que perseguía, había empleado contra él un

truco perfecto.

Las ruedas derechas del vehículo rozaron el borde de la acera, chirriando.

Lou frenó en seco. De otra forma, se exponía a estrellarse.

Se echó fuera del coche rápidamente.

Y en el mismo instante, el tenaz foco se apagó.

Al principio, las tinieblas que le envolvieron fueron tan cegadoras como la luz.

Se restregó los ojos, tratando de ver, al tiempo que avanzaba unos pasos.

Poco a poco, sus ojos perdían la impresión que le cegara.

El que huía tampoco podía continuar mucho tiempo en su automóvil, a menos de correr el mismo riesgo que el agente especial.

Lou adivinó que la lucha iba a desarrollarse desde entonces en otro terreno.

Metió un nuevo cargador en la «Luger», dispuesto a todo.

Más allá divisó al fin al vehículo enemigo. Acababa de pararse en medio de la calzada.

Lou corrió hacia adelante. Aún tenía posibilidades de triunfo a su favor.

Su conductor no podía hallarse lejos. Era sólo cuestión de averiguar qué dirección había tomado para seguir huyendo a pie.

Pero se equivocaba. Una sonrisa abrió los labios del agente especial. Un farol callejero proyectaba su luz en el sitio donde estaba el vehículo del criminal.

Vio Lou que una persona descendía de él, echando a correr.

Podía disparar, alcanzándole con seguridad, dada la pequeña distancia que les separaba.

Pero Lou prefería cogerlo vivo. De la otra forma, tal vez le matara sin querer.

Las piernas del agente especial empezaron a moverse a un ritmo acelerado.

Estaba bien preparado físicamente para una carrera.

El individuo miró hacia atrás antes de saltar a la acera.

Debía comprender que Lou tardaría pocos minutos en darle alcance, porque éste le vio hacer un esfuerzo por distanciarse.

Torció por una bocacalle. El agente especial llegó a la esquina

menos de un minuto después.

Al dar la vuelta, Lou se paró. El individuo estaba en medio de la acera, inmóvil.

Dos estallidos sonaron casi al mismo tiempo que surgieron del sujeto sendos fogonazos.

Las balas pasaron altas sobre al agente federal.

O tenía mala puntería, o el nerviosismo le impedía hacer blanco.

Lou avanzó de nuevo. Aún no quería usar su pistola.

Un nuevo disparo taladró el silencio. Esta tercera bala se perdió como las anteriores.

Al instante, el policía oyó un sonido breve y seco. El percutor del arma enemiga acababa de herir el vacío.

Tras un segundo de vacilación, el asesino arrojó el arma al suelo con rabia.

Se dio media vuelta y echó a correr.

Lou levantó la «Luger». Ahora no podía errar el tiro.

Apuntó a las piernas y disparó.

El fugitivo cayó de rodillas, con un grito de dolor.

Lou se acercó despacio. Ya no tenía ninguna necesidad de correr.

El otro le vio llegar, con las facciones alteradas por la rabia.

Le agarró el agente especial con una mano, obligándole a levantarse.

Tuvo que sostenerle para que no volviera a desplomarse.

Los dos hombres se contemplaron en silencio, llenos de odio los ojos del herido.

Era desconocido para Ritcher.

—Agresión armada contra un agente del

F. B. I.

—habló Lou—. ¿Sabes con qué se paga ese acto?

No obtuvo respuesta.

—¿A quién pretendías alcanzar con los disparos a la puerta del Fluss, a Lea o a mí?

—¡A ti, maldito engreído!

Insultaba entre dientes, con ferocidad.

—¿Por qué engreído?

La voz de Lou era fría, serena. Hubiérase dicho que aquel asunto no afectaba a su corazón.

—Tú creíste que la conquistarías. Ella nunca te ha querido. Pero

tenía miedo de vosotros, y te usó para protegerse.

Los dedos del agente especial se habían cerrado sobre las solapas del herido.

Las palabras del desconocido le estaban produciendo el mismo efecto que si fuesen golpes bajos dados por unos puños salvajes.

El herido debía darse perfecta cuenta de ello, porque prosiguió, envalentonado:

—Ahora ya no te necesita. Lárgate de su lado antes de que te eche ella misma.

—¿Por qué disparaste contra nosotros?

Una sonrisa de desprecio se dibujó en los labios de aquel hombre.

—Contra ti. Te estás poniendo pesado. Y ella no se atreve a romper contigo de una vez. Por eso quise liquidarte. Yo me casaré con ella. ¿Te enteras? ¡Y no quiero estorbos!

Había algo raro en las palabras del herido, algo que no encajaba bien en sus afirmaciones. Pero Richter no estaba en condiciones de advertirlo.

Sentía un dolor en el pecho, como si su corazón estuviera estallando, como si su vida toda se derrumbara.

Había un hombre entre Lea y él, un hombre que era aquél al que tenía agarrado, al que podía matar sin esfuerzo.

Sin embargo, le soltó.

—Ella dijo... —Intentó aún Lou luchar contra la realidad—. Ella dijo que se trataba de Peter Lowell.

Estalló la carcajada del herido.

—Tú sabes que Lowell está criando violetas en un cementerio de Louisville. A menos que haya resucitado.

—No podrás casarte con Lea.

—Ella me esperará, si te refieres a eso. Aunque me lleven a la cárcel por lo de esta noche, Lea me esperará. «Porque me ama».

El puño del agente especial se cerró con fuerza. Pero no llegó a dispararlo contra el hombre al que hubiese podido matar.

Lou retrocedió un paso. Otro después, y otro.

Se tambaleaba como un borracho.

A través de la noche, las carcajadas del otro le persiguieron unos instantes.

## VIII



A última colilla cayó al suelo, al lado de la cama, entre otras muchas.

Los dedos del agente especial buscaron dentro de la cajetilla un nuevo cigarrillo.

No lo tenía. La funda estaba vacía ya. La arrojó lejos.

Su mirada buscó el «*whisky*». Tampoco le quedaba más que el poso de licor en el fondo de la botella.

Se incorporó, con trabajo. Era la primera vez que movía el cuerpo, tendido sobre la cama, en más de dos horas.

Sólo para agarrar el auricular del teléfono interior.

Llamó por él al conserje de noche, pidiendo le subiera una botella y tabaco.

Luego volvió a echarse sobre el lecho, vestido como estaba.

Miraba al techo y pensaba. Así, un minuto, y otro, y muchos más, hasta formar la primera hora. A continuación, la segunda.

Tal vez no hiciese otra cosa durante toda la noche que seguir rumiando su dolor y su fracaso.

Una y otra vez había rehecho en su memoria los últimos acontecimientos, los decisivos, los más amargos que tuviese nunca que tragarse a la fuerza.

No detuvo al hombre que intentara matarle. Regresó hacia el Fluss, sin saber por qué. Ya antes de llegar a la «feoite» vio un grupo de gente formado ante el edificio.

Un sujeto vociferaba, pidiendo a gritos el trasto viejo que le robaran.

Lou se identificó como la persona que lo había usado.

Su carnet del

F. B. I.,

aplacó la ira de aquel hombre.

Explicó a los policías lo ocurrido, indicándoles el lugar donde dejó al herido. En cuanto al propietario del coche, le prometió una indemnización por las molestias.

Lea Selinch no estaba allí. El conserje le informó que su compañera se había marchado al poco de emprender Lou la persecución del agresor.

No eran necesarias más palabras. El agente especial comprendió. Después de mentirle, acusando a un muerto de ser quién se interponía entre ellos, toda explicación sobraba.

Ella había demostrado la realidad exacta de sus sentimientos. Incluso, víctima de un atentado por parte del hombre al que amaba, seguía protegiéndole.

Y en vez de revelar la verdad al agente especial, es decir, el nombre del agresor, había pronunciado el de Peter Lowell.

Demasiado significativo su acto. Lou no quiso buscarla. ¿Para qué, después de aquello? ¿Necesitaba más explicaciones?

Para él, aquella noche significaba el fracaso de su vida como hombre enamorado. Y el de agente del

F. B. I.,

también. Por primera vez en su carrera, Lou no supo llevar a cabo la misión que le encomendaban.

Regresó en el «Mercury» a su departamento.

A la mañana siguiente se presentaría al inspector Wegener, dándole cuenta de su rotundo fracaso. Acaso significaba el fin de su carrera.

Se echó de la cama al oír que llamaban a la puerta.

Era el conserje, con lo que pidiera poco antes.

Volvió a fumar, cigarrillo tras cigarrillo.

Sonó el timbre del teléfono exterior, pero Lou no hizo el menor movimiento para levantarse.

Había dejado su dirección particular a los policías en la puerta del Fluss y ahora intentaban molestarle. No estaba de humor para charlar con nadie.

Supuso que los que llamaban dejarían de hacerlo al no obtener contestación.

Sin embargo, el enervante y agudo soniquete del teléfono prosiguió, turbando el silencio que reinaba en el departamento.

Lou empezó a ponerse nervioso. Existen pocas personas capaces de aguantar impasibles el continuo sonido de las llamadas telefónicas.

Lou acabó por tirarse de la cama, con desgana.

Descolgó el auricular, dispuesto a mandar al diablo a los pesados.

Pero antes siquiera de que Lou despegara los labios le llegó una voz a través del hilo:

—¡Lou! Están aquí, Lou. ¡Escucha!

Reconoció la voz, pese a que sonaba transformada por el miedo y la angustia. Pertenecía a Lea. Pero a una Lea que debía tener las facciones contraídas por el terror.

Algo mareado como se encontraba por la bebida, el agente especial pensó que se trataba de un nuevo juego.

—¡Escúchame, Lou! ¡Por Dios! ¿Eres tú? ¡Habla! ¿Me oyes?

Siguió sin contestar, con la frente surcada por una arruga que no presagiaba nada bueno.

De pronto, un grito sonó al otro lado. Acto seguido, el sonido sin duda producido por el «micro» al chocar contra algo.

Todavía oyó más: como el forcejeo de dos personas. Otro grito, también femenino. Y su nombre, como muy lejano, como si lo emitieran unos labios que trataba de cerrar.

El agente especial se incorporó de golpe.

Sólo entonces se dio cuenta de que había bebido demasiado. Su cabeza pesaba enormemente. Notaba, sin embargo, que las piernas parecían flotar en el suelo.

Avanzó a trompicones hacia el cuarto de baño.

No llegó a él, porque vio, al atravesar una de las habitaciones, la nevera.

La abrió con torpeza. Dentro había bastante hielo.

Lo agarró con las dos manos, restregándose los trozos por la cara. A continuación, los pasó por su nuca.

Varias veces lo repitió, hasta que la mente empezó a despejarse.

Cuando se disponía a salir del apartamento, se paró ante la puerta.

¿Había, realmente, oído la llamada de socorro de Lea? ¿O fue su estado, casi de embriaguez, de atontamiento mental por lo menos, lo que le hizo imaginar aquello?

Vacilaba. Retrocedió hasta el teléfono. Podía salir de dudas.

Marcó el número de la joven, sin obtener contestación. Aquél no daba la señal de estar comunicando. Ni siquiera llegó a los oídos de Richter el clásico runruneo de la llamada. El aparato estaba, pues, desconectado en el hotelito de Lea.

Y él creía recordar que oyó cómo golpeaba el «micro» contra otro objeto, la mesa seguramente, al ser soltado por Lea.

Lo que le demostraba no estar equivocado.

Abandonó el apartamento precipitadamente. En unos segundos se encontró abajo, por medio del ascensor.

El mismo hombre que le trajo la bebida rato antes le vio correr hacia el garaje, abrir la puerta de metal de un empujón y meterse dentro.

Supuso el conserje que estaba borracho y se acercó por si era necesaria su ayuda.

Estuvo a punto de ser atropellado por el «Mercury» del agente especial que surgió a velocidad del garaje, torciendo hacia la calle.

Apenas si tuvo tiempo el conserje nocturno de darse cuenta de su paso, pese a que le rozó, cuando ya el coche se perdía en la noche.

Lou condujo en línea recta, buscando las calles del Sur. Nueva

York dormía ya y existía un tráfico limitado por sus enormes avenidas.

Se lanzó por Ninth Avenue a cerca de los cien por hora, una velocidad muy peligrosa.

La oscura masa de Central Park quedó pronto a sus espaldas.

De ser real la llamada de Lea, cada segundo perdido tenía una importancia enorme.

A la altura del edificio de Correos, el General Post Office, oyó el ulular de una sirena.

El siguió apretando el acelerador. La moto del vigilante tardó muy poco, sin embargo, en darle alcance. Debió surgir de la calle Veintisiete, descubriendo al «Mercury» lanzado a una marcha suicida.

Durante unos segundos, los dos vehículos se mantuvieron a la misma altura. Luego, poco a poco, la moto intentó cerrarle el paso, y arrimar el coche a la acera, para entonces ponerse delante y parar al «Mercury».

Lo estaba consiguiendo junto a Chelsea Park cuando Lou agitó la chapa del

F. B. I.,

a través de la ventanilla lateral.

El agente tardó un par de minutos en comprender el significado de aquella demostración.

La sirena dejó de ulular, y el motorista hizo un saludo con la mano como deseándole buena suerte.

La calle Veintidós, la Veintiuna, la Veinte. A velocidad de vértigo, el «Mercury» las cruzaba, dejándolas atrás.

Lou aminoró algo la velocidad al llegar a Greenwich Street, más estrecha que la anterior y menos recta.

Por la calle Vandam penetró en Hudson Street. Y de ésta, a Watts. La entrada al túnel que le llevaría a Jersey City estaba allí, en la cuarta manzana de edificios contando desde el río.

Antes de meterse por Holland Tunnel empuñó el micrófono, conectando.

Su voz no sonaba nerviosa. Ahora estaba en pleno trabajo y había recobrado todo su aplomo:

—Lou Richter a Patrulla Central. Lou Richter a Patrulla Central. Contesten.

Al otro lado contestaron:

—Patrulla Central al habla. Escuchamos.

—Envíen coche de patrulla a Grand Street, número treinta y ocho, Jersey City. Urgente. Yo voy hacia allí por Holland Tunnel.

—De acuerdo, Richter.

—Repitan —pidió él aún.

—Grand Street, treinta y ocho, Jersey City.

—Bien. Corto.

Dedicó ya toda su atención al volante. Pese a su entera serenidad, una garra le oprimía el corazón.

Después de los acontecimientos de aquella noche, no podía suponer sino que le habían tendido una trampa. La sospecha penetró en su cerebro al poco de lanzarse por las calles de Nueva York. El agresor había dicho bien claro que disparó contra él en la puerta del Fluss.

Luego le había vencido. Debía estar rabioso, y dispuesto de una vez a acabar con el hombre que se empeñaba tercamente en disputarle el amor de Lea Selinch.

Nada mejor que hacerle acudir al propio domicilio de la joven y recibirle allí a balazos.

A continuación, con un coche preparado, les sería fácil huir a los dos.

Apenas surgió del túnel, ya en Jersey, vio el coche que pidiera. Pertenecía a la patrulla nocturna.

Debieron conocer el suyo, porque establecieron inmediata comunicación con él por radio.

—Coche pedido a mando central. ¿Qué hay, Lou?

—¿Quién eres? —inquiría el agente especial.

—Yung, Less Yung.

—Hola, Less. Seguidme a cierta distancia. No lleguéis hasta el número treinta y ocho. Quedaros en la esquina más próxima con las luces apagadas.

El agente especial que hablaba desde el coche de la patrulla era amigo de Lou. Por eso siguió preguntando:

—¿De qué se trata, Lou?

—Acaso de la antigua banda de Peter Lowell.

Le llegó un silbido a través de los auriculares.

—Bueno —dijo Lou—. No estoy seguro aún. Pero pudiera

ocurrir.

Llegaban ya a Orad Street.

—Corto, Less. Esperadme en la esquina.

—Suerte.

Hizo rodar el coche hasta muy cerca del hotelito.

El primer vistazo al lugar, apenas se apeó, parecía confirmar sus sospechas. Estaba sumido en la mayor oscuridad.

Avanzó a pie, de prisa, hasta la verja. Se hallaba abierta. Atravesó el umbral y el jardín después, empuñando la «Luger».

Esperaba oír el estallido de los disparos de un momento a otro.

Pero nada rompió el hondo silencio nocturno.

Al parecer, era dentro de la casa donde le habían preparado la trampa.

Vaciló brevemente al hallarse ante la puerta del edificio. Con suavidad, tocó la madera. Y, de pronto, se echó hacia atrás. También estaba abierta.

Se rehízo al instante, empujándola.

¿Tan tonto le creían? ¿O, simplemente, contaban con que acudiera al encuentro de la muerte pese al descubrimiento previo de la trampa que le tendían?

Avanzó por el pasillo sumido en la mayor oscuridad. Nada turbaba el silencio, aún más hondo allí que en el jardín.

No conocía bien el hotel, por haber estado en su interior sólo un par de veces.

Se paró, para escuchar. Esperaba percibir, por lo menos, el susurro de alguna respiración contenida. Pero nada turbaba la soledad de aquella casa.

Recorrió varias habitaciones, paso a paso, sin hacer más ruido que el que hubiera producido un reptil arrastrándose por el suelo. Tanteaba las paredes, procurando no tropezar con ningún mueble.

Acabó convenciéndose de que la planta baja estaba, en efecto, vacía.

Supuso que la muerte aguardaba arriba, acaso al final mismo de las escaleras.

Empezó a subirlas, convencido que le recibiría una granizada de plomo.

Pero llegó al último escalón sin que ocurriera nada.

Una duda se incrustaba ahora en su cerebro. ¿Se trataba, en

realidad, de una trampa?

Nadie que se escondiera allí, dispuesto a matar, aguantaría tanto tiempo; nadie desperdiciaría ocasión tras ocasión de realizar sus planes asesinos.

Encendió la linterna. Si entonces no hacían fuego contra él...

Nadie disparó, nada rompió tampoco el silencio después del breve sonido que produjo el mecanismo de la linterna.

El círculo de luz iluminó primero una pared. A continuación el suelo de la habitación donde se encontraba.

Abandonadas ya todas las precauciones, Lou empezó a registrar la planta alta. Lo hizo en pocos minutos, ayudado ahora por la linterna.

La casa estaba completamente vacía.

El agente especial se paró, sintiendo que algo semejante a un profundo desprecio por sí mismo le llenaba.

En la llamada de Lea no había trampa. Había acudido a él en un momento de peligro y Lou pensó que se le tendría una trampa.

¿Lo hizo porque no tenía otra persona a quien acudir, o impulsada por su corazón?

Claro, que igual podía haber llamado a la Policía. Aunque... la Policía era él.

Tuvo que realizar un esfuerzo para alejar los pensamientos que se agolpaban en su cerebro.

Eran tan dolorosos como la realidad.

La llamada fue efectuada por teléfono. Buscó el aparato.

La verdad empezó a convertirse en irrechazable cuando lo encontró en el dormitorio de Lea.

Los hilos habían sido arrancados violentamente, desconectados. Por eso no dio la señal aquel número cuando Lou intentó comprobar la llamada.

Y junto a la cama, el foco iluminó manchas de sangre...

No descubrió nada más, aunque aquellos dos indicios eran suficientes.

Lea no se hallaba en su casa y había sangre indicios eran suficientes.

El agente especial bajó las escaleras en cuatro saltos, expuesto a romperse la cabeza.

De igual forma salió de la casa y del jardín. El grupo que

esperaba cerca, en el coche, lo vio llegar con las facciones contraídas por la ansiedad y el temor.

No explicó a sus compañeros lo ocurrido. Se limitó a dar órdenes precisas, urgentes.

Los que se apoderaron de Lea, según todas las apariencias, a la fuerza, no podían estar lejos.

A lo sumo habrían recorrido unas cuantas millas.

Una mujer joven y uno o más individuos.

Eran los únicos datos de que disponía.

Sin embargo, una gigantesca organización se puso en movimiento minutos después. Coches de las patrullas móviles y nocturnas. Policías del tráfico, agentes especiales.

Una máquina perfecta y poderosa contra uno o varios forajidos.

Pese a ello, Lou tenía un negro presentimiento cuando emprendió la marcha, poco después, en dirección al Cuartel General del

F. B. I.



---

**¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!**

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

**EXTRA-OESTE**

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los lectores de España y América.

## X



L que se apoderó de Lea había sido más rápido, y por el momento, al menos, ganaba la partida.

El agente especial no tenía más remedio que reconocerlo así. Cuatro días después del hecho seguía ignorando el paradero de la joven y lo que pudiera ocurriría.

El

F. B. I., no desistía de su empeño, pero hasta entonces sin ningún resultado positivo.

Los medios empleados fueron inútiles. A Lea Selinch Se la había tragado la tierra.

No fue sacada del Estado. No usaron para trasladarla ni aviones,

ni trenes, ni coches.

Eso podían asegurarlo las patrullas volantes, dueñas de las carreteras, que registraron coche tras coche de los que cruzaran las fronteras de Nueva York, en cualquier dirección, encaminándose a otros lugares del país. Las estaciones de ferrocarril y los trenes estuvieron bajo estrecha vigilancia. Los aeropuertos también. Y todo. Sólo quedaba una solución lógica. Lea seguía dentro de Jersey City o de Nueva York. La guardaban en cualquiera de las dos ciudades, ante la imposibilidad de trasladarla, a menos de exponerse a caer en manos de las fuerzas desplegadas por el

F. B. I.

En cuanto a Peter Lowell, el agente especial no creyó ni siquiera durante un momento que Lea dijera la verdad al pronunciar su nombre a la salida del Fluss.

Para Lou Richter no existía ya el antiguo espía, enterrado como estaba en Louisville. Ella usó es nombre instintivamente, para salvar al hombre que amaba en realidad.

Por ello, el agente especial no comunicó el inspector Wegener la confesión femenina.

Le quería pese a todo desesperadamente, y obraba bajo un impulso casi demente. Aquella llamada de socorro le había removido el ser.

No podía hallar otra explicación de Lea, producido en un momento de peligro, sino suponiendo que, también a pesar de todo, ella correspondía en parte a sus sentimientos.

Para Lou lo peor eran las horas que transcurrían de inactividad, sabiendo que en cada minuto Lea podía ser asesinada.

Y la certeza de que sin la joven la existencia carecía ya para él de atractivo.

Aquella noche no había logrado conciliar el sueño, y era ya la cuarta que pasaba en blanco.

Su apartamento estaba sucio, desordenado. Había por el suelo docenas de colillas y de cigarrillos a medio fumar.

Llevaba el agente especial un buen rato en la ventana, contemplando la ciudad cuando sonó el teléfono.

Miró el reloj de pulsera. Eran las cuatro de la madrugada. ¿Quién podía a semejante hora...?

No contestó a su propia pregunta porque de sus labios surgió

una exclamación de alegría.

Sólo alguien que estuviera relacionado con el asunto podía llamar casi al amanecer.

Descolgó el aparato mientras su corazón empezaba a latir con fuerza.

Fue él quien habló primero:

—Lou Richter. Diga.

—¿Está solo, Richter?

La pregunta fue seca, pronunciada por una voz desconocida para el agente especial.

Contestó Lou afirmativamente.

—Oiga bien eso por la cuenta que le tiene —siguió la voz fría e impersonal—. Salga ahora mismo. En la puerta hay un coche, esperándole. No haga preguntas. Limítese a dejarse llevar.

—¿Con quién hablo?

Al otro lado del hilo sonó brevemente una risa:

—Lo sabrá siguiendo las instrucciones al pie de la letra. El coche le traerá donde yo estaré esperándole.

De pronto Lou pareció decidirse a obedecer.

—De acuerdo.

—Espere aún. Durante los últimos días le he vigilado. Ha hecho bien quedarse en casa casi todo el tiempo. De esa forma sus colegas del

F. B. I.,

sólo saben la mitad de «nuestro negocio». No lo estropee ahora. Al menor intento de ponerse en contacto con el inspector Wegener para que le siga, alguien lo pasará mal.

—¿Quién? —Se atrevió Lou a preguntar.

—Lea Selinch —fue la respuesta.

Tras el nombre de la joven, cortó el diálogo el desconocido. Había colgado.

El agente especial se puso la chaqueta. Tenía barba de varios días y mala cara.

Pero por primera vez en muchas horas, en sus ojos brillaba la esperanza. Ahora sabía que Lea estaba aún viva.

Revisó la «Luger», metiéndose dos cargadores de repuesto en el bolsillo, y abandonó el apartamento.

Abajo, antes de salir, pasó ante el conserje nocturno, que dormía

sentado.

Al salir del edificio vio el coche con las luces apagadas, al parecer vacío; le habían aparcado enfrente de la puerta.

Cruzó la calle hacia él. Al acercarse comprobó que su conductor se hallaba al volante. No descubrió sus facciones, porque las medio ocultaba bajo la sombra de una gorra.

Apenas estuvo dentro, el coche arrancó.

Era uno de alquiler, un taxi del servicio nocturno, acaso robado para la tarea a la que le dedicaban.

Atravesaron sin despegar ninguno los labios varias calles solitarias.

El taxi se dirigía hacia el sur, bordeando Central Park por la avenida Este del mismo nombre.

El agente especial descubrió pronto que otro coche les estaba siguiendo.

Por un momento dudó sobre sí mismo. Acaso el F. B. I., no había tenido suficiente confianza en él, tratándose de Lea, y le vigilaba desde días atrás.

Sólo el hecho de que el hombre que le llevaba no se mostrara alarmado le tranquilizó. Porque el taxista tenía que haber descubierto al otro vehículo, y no parecía asustado.

Se trataba, por tanto, de una medida de seguridad tomada por la banda. Siguiendo al taxi a prudente distancia, tenían que descubrir forzosamente a cualquier otro automóvil que se dedicara a lo mismo.

El hecho, además, de que el taxista eligiera las grandes avenidas en vez de buscar las menos amplias, apoyaba esa teoría. En las calles anchas, bien iluminadas además a cualquier hora de la noche, resultaba muy difícil pegarse a la rueda de un vehículo sin ser visto por los ocupantes de éste.

Continuaron, siempre hacia el sur de Manhattan, por Eighth Avenue.

Torcieron por Canal Street, adentrándose hacia el centro de la isla.

Luego bajaron aún por Bowery. Estaban ya en la parte vieja de Nueva York.

El taxi paró ante un bar. Por primera vez en el curso del viaje, el

conductor habló al agente especial, sin volver la cabeza.

—Baje y entre ahí.

Obedeció Lou. Al cruzar la acera echó un rápido vistazo a ambos lados de la calle, Park Street.

Estaba vacía también. Muy cerca existía como un muro de negra oscuridad formada por el Parque Columbus.

Oyó pasos detrás, aunque no hizo nada por averiguar a quién pertenecían.

En el local, recostados sobre los veladores, dormitaban algunos clientes.

—Siga.

Era la voz del taxista. Su mano le enseñó el camino.

Por lo visto quería meterle en el interior del bar.

Atravesaron el local y después un par de habitaciones vacías.

En un pasillo escasamente iluminado, el que le guiaba le obligó a pararse.

Con ágiles y expertos dedos, el del taxi le cacheó, apoderándose de la «Luger» y, los dos cargadores.

—Ahora siga —le ordenó—. Pasado este pasillo existe una puerta. Saldrá por ella a un patio. Atraviéselo sin pararse y abra la última puerta que vea. Al otro lado está la calle. Un coche le espera.

Un instante después, Lou estaba solo. Dirigid sus pasos hacia donde le ordenaba que fuera. Encontró el patio y, la salida a la calle.

Pegado a la acera había, en efecto, un coche más potente que el taxi. Lou creyó reconocer al que les había seguido a través de las calles.

Guiado igual que el anterior por un desconocido, el nuevo vehículo le llevó directamente hacia los muelles.

Lou dedujo que debían estar en el número 14 ó 15 a lo sumo, por la posición en que veía las oscuras siluetas de los rascacielos.

Una lancha estaba preparada. Y con ella el mismo taxista que les condujera hasta el bar. Al parecer, la banda contaba con pocos miembros.

Le indicaron que subiera. Detrás de él lo hizo el del segundo coche.

Rodeados ahora por mayor oscuridad, empezaron a surcar el agua de East River.

Pasaron entre la punta de Manhattan Battery Park y la masa formada por Governors Island.

La sirena del vapor que une Nueva York con Saint George, en Staten Island, taladró el silencio nocturno.

Pasó cerca de ellos el «*ferry*» flotando sus luces encendidas sobre la oscuridad movediza del mar.

Al agente especial no le hubiera sido demasiado difícil deshacerse de sus dos acompañantes, pese incluso a que estaban armados.

Sin embargo, se dejó llevar, inmóvil, en la motora.

Empegaba a suponer dónde era conducido. A cualquier barco situado en la bahía de Nueva York o a la costa opuesta a Brooklyn, acaso por Bayonne.

Sobre la primera claridad, aún muy débil, de la aurora se destacaba la imponente mole de la estatua de la Libertad.

Notó que cambiaba algo el rumbo de la motora, torciendo a la derecha del monumento.

Habían bajado hacia el Sur y ahora subían, aunque muy suavemente, con dirección a la costa de Jersey City.

Al poco se alzó ante ellos la isla Hellis. Aquella era la meta. Ya sin cambiar la dirección, el conductor de la canoa la llevó en línea recta hacia la isla.

No era mal escondite. Un lugar casi desierto, con únicamente una docena escasa de construcciones, aparte de los edificios que en tiempos albergaban a la Aduana de la ciudad de Nueva York.

Saltaron de la canoa a un muelle de cemento. Más allá se alzaba un barracón solitario.

Al llegar ante él se abrió la puerta. Les estaban esperando.

Lou distinguió a la leve claridad del amanecer la silueta de un hombre.

Cuando entraron, alguien volvió a cerrar la puerta. Y dentro reinó la oscuridad.

Antes de que nadie hablara, uno de los malhechores encendió una linterna.

El círculo de luz lamió una pared de madera, inmovilizándose sobre una forma humana que permanecía sentada en el suelo.

Un grito de sorpresa se escapó del pecho del agente especial.

Aquella persona, Lea, se levantó con presteza, corriendo hacia

él.

Iluminados por la linterna, se abrazaron con fuerza.

Lou sintió que todo su resentimiento se desvanecía, y su cólera contra ella y sus celos.

Lea intentó hablar, pero las palabras no surgían de su boca, sino convertidas en un balbuceo de, emoción.

Él tampoco dijo nada. No podría hacerlo. La estrechaba contra su pecho, estremecido por un amor más fuerte aún que el que anteriormente le inspiraba la joven.

Los malhechores debían contemplarles desde la oscuridad. Era una escena preparada de antemano, para conseguir mejor sus propósitos, sin duda.

De pronto tiraron de Lea. El agente especial vio salir de la oscuridad, primero, dos manos; después, los brazos y el cuerpo de un hombre.

No intentó Lou impedirlo. Se trataba de rescatarla por medio de la astucia, más que por la fuerza.

Lea se debatió, resistiéndose a ser separada del agente especial.

Las manos de la joven se asían al traje de Lou, a su brazo derecho. Pero no tuvo más remedio que ir cediendo. Sus dedos empezaron a escurrirse por la tela, pugnando aún por agarrarse.

Al llegar a la mano de Lou permanecieron asidos a ella unos segundos. Al soltarla, por fin, el policía notó que Lea le había dejado una bolita de papel.

Comprendió en el acto cuál había sido la intención de la joven al resistirse.

—Vamos, Lea —dijo, metiéndose ambas manos en los bolsillos del pantalón—. Todo se arreglará satisfactoriamente.

La bolita de papel estaba ya en el fondo de uno de sus bolsillos. Ninguno de los malhechores pudo sospechar nada.

Lea desapareció en la oscuridad. La linterna seguía fija sobre Lou.

Oyó el agente especial que abrían la puerta. Adivinó que sacaban a la joven del barracón, conseguido ya lo que se proponían.

El momento de las «negociaciones» había llegado.

Una voz surgió del fondo de la nave. Y el que hablaba se acercó al agente especial.

—Hasta ahora has demostrado ser inteligente. Sería mejor para

todos, especialmente para Lea.

Lou notó que el nuevo individuo le tuteaba. Los otros no lo hacían. Con la que dedujo estar en presencia del «jefe».

—Preferiría no perder tiempo —dijo Lou, completamente dueño de sus nervios—. Me habéis traído para algo. Vayamos al grano. ¿Qué pretendéis de mí?

—Un pequeño favor a cambio de la vida de Lea.

—Es decir, que Lea corre peligro.

—Así es.

—Y depende de mí el que se salve, ¿no?

—Exacto.

—¿A cambio de qué favor?

Ninguno de los demás hombres presentes en el barracón habían despegado los labios. Sólo el que estaba frente a él, ocultó el rostro en la oscuridad, parecía conocer el asunto a fondo.

—Yo devolveré sana y salva a Lea en cuanto reciba a cambio una cartera —dijo aquel hombre.

—¿Soy yo quien puede entregarla?

—Sí.

—¿Qué cartera?

—Está escondida en un lugar de Nueva York. Ni yo ni ninguno de los míos podemos recogerla. ¡Tú sí, y, además, con facilidad! Será para ti un trabajo sencillo, como un paseo, el apoderarte de ella. Ya en tus manos, nos la traerás. A cambio, te devolveremos a Lea.

El agente especial taladró la oscuridad que le rodeaba, tratando de ver la expresión de su enemigo.

—Me gustaría saber por qué soy yo, y no otra persona cualquiera, quien pueda conseguir eso.

Tras unos segundos de silencio, el que ocultaba aún su rostro en la oscuridad volvió a decir:

—¿No me conoces?

—No: al menos en la oscuridad.

El hasta entonces desconocido dio un paso adelante. Desde un costado movieron la lámpara de bolsillo, proyectando sobre él su luz.

Y Lou Richter tuvo que ahogar un grito de sorpresa.

Ante él estaba Peter Lowell, el hombre al que el

F. B. I.,

creía muerto y enterrado, el marido de Lea.

—¿Te sorprende? Claro. Sin embargo, ella te lo dijo a la salida de la «bofte». Yo estaba cerca y lo oí.

—No la creí —aseguró el agente especial. De pronto, inquirió—: ¿Por qué disparaste contra nosotros cuando me reveló que vivías? Ahora, sin embargo, tú mismo te descubres.

—Ahora es distinto. Ya no necesito ocultarme «de ti». Antes de aquello no creía que fueses capaz de todo por Lea. Ahora estoy seguro de ello.

—¿Tú no la amas?

—Yo amo a mi pellejo, amigo.

—El

F. B. I.,

te cree muerto —volvió Lou a sonsacarle—. Te habría sido fácil huir de los Estados Unidos.

—Sí, muy fácil. Pero antes necesito esa cartera. Tú quieres a Lea. Yo, la cartera. Un cambio beneficioso para los dos.

—¿Tan importante es?

La respuesta de Lowell demostraba que empezaba a cansarse de la conversación.

—Me parece que intentas saber demasiado, Lou Richter.

—¿Y qué?

—Que sólo sabrás lo que yo quiera decirte.

—Si voy a llevar a cabo un trabajo, me interesa conocer qué riesgo correré.

—¡Oh, por eso! Te he dicho que es muy fácil.

—De todas formas, me gustaría pensarlo.

Negó con un movimiento de cabeza el espía.

—Puedo negarme a colaborar contigo.

—No. Mira.

Lowell le indicaba la oscuridad. Como obedeciendo al movimiento de su mano, la linterna se movió iluminando el resto del barracón.

El agente especial contó hasta tres hombres, inmóviles y en pie, que le apuntaban con pistolas desde distintos ángulos.

—No puedes, Lou Richter. Porque te acribillarían a balazos en cuando yo hiciese un gesto.

La luz le daba de lleno otra vez en la cara. Creyó advertir que la mirada de Lowell taladraba sus ojos.

—Sabemos que un hombre del

F. B. I.,

no se asusta fácilmente —añadía Lowell—. Tu caso es distinto. Estás en mi poder porque tengo a Lea. Durante estas semanas os he vigilado estrechamente a los dos. Y tengo la seguridad de que aceptarás mis proposiciones «por ella».

Lou preguntó:

—¿Cuándo será puesta Lea en libertad, si acepto?

—En el momento en que me entregues esa cartera y yo compruebe que su contenido no ha sido cambiado.

—Creo que no me queda otra solución —aprobó, por fin, Lou.

Una amplia sonrisa debió matizar la expresión de Peter Lowell.

—¿Dónde habré de buscar la cartera?

—Vete a casa ahora. En cualquier momento recibirás las instrucciones completas. Y no olvides una cosa: a la menor sospecha de que intentas hacerme una jugarreta, Lea morirá.

La entrevista parecía haber tocado a su fin.

Uno de los que habían permanecido en la oscuridad se acercó al agente especial. Le tocó el brazo, diciendo:

—Vamos. Le llevaremos de nuevo a Manhattan.

—Un momento —rogó Lou—. Me gustaría irme con la seguridad de que a ella no le pasará nada mientras efectúo el trabajo.

—Puedes estar tranquilo —le contestó Lowell—. Esa cartera es importante para mí. Y os conozco a los del

F. B. I.

Tú serías capaz de cualquier cosa si a ella la tocamos ahora un solo pelo.

Aunque con suavidad, le empujaba a Lou para que saliera del barracón.

Obedeció porque a nada conducía entonces prolongar la entrevista.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO  
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-  
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

**¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!**

## X



UANDO Lou Richter puso los pies de nuevo en el muelle de Hellis Island, dos días después, el hombre que le estaba esperando respiró, Peter Lowell dejó que una sonrisa iluminara su cara.

Porque el agente especial traía una cartera en la mano izquierda, una cartera que él, Lowell, conocía bien.

Hizo un ademán, conteniendo a sus hombres. El agente especial debía morir, pero no entonces. Antes, Lowell quería estar seguro de su triunfo.

Y los tres secuaces se mantuvieron quietos, en espera de órdenes.

Lou Richter caería bajo los balazos asesinos en cuanto él hubiese comprobado el contenido de esa cartera.

El hecho de que un miembro del

F. B. I.

supiera que Lowell seguía existiendo significaba para aquél una sentencia de muerte.

Pero todavía Richter tenía en su poder lo que representaba la supervivencia del malhechor. Mientras se acercaba, a la luz del crepúsculo, Lou adivinó la suerte a que le destinaba la pandilla.

Y también él sonrió.

Cada cual, Lowell y el agente especial, pensaba en su plan. Sólo faltaba saber cuál de ellos conseguiría el triunfo en aquella última baza decisiva del juego.

La voz del policía sonaba tranquila cuando dijo al llegar ante los malhechores:

—Todo perfecto, Lowell.

Señaló la cartera, acentuándose su sonrisa.

Uno de los forajidos le tocó la chaqueta, a la altura del corazón. Pretendía cachearle.

Con la mano libre, la derecha, Lou golpeó inesperadamente.

El malhechor cayó al suelo, alcanzado de lleno en el mentón.

—Di a esta gentuza que se esté quieta, Lowell —advirtió Richter.

Peter Lowell debía conocer bien a sus hombres, porque ordenó:

—No muevas un dedo, tú. O yo mismo te enviaré al infierno.

El que recibió el puñetazo estaba, en efecto, intentando sacar su arma.

Se dirigieron al cercano barracón.

Esta vez había una lámpara encendida. Era antigua, de las de petróleo, pero suficiente para desvanecer parte de las tinieblas que ya reinaban dentro.

Trajeron una botella de «whisky» y vasos. Mientras uno de sus secuaces vertía el líquido, Lowell sacó tabaco. Aún no se había desprendido el del

F. B. I.,

de la cartera.

—Todo resultó como tú lo esperabas, Lowell. Aquel sitio parecía estar lleno de sujetos que vigilaban cada rincón.

—¿Se olieron algo tus compañeros del

F. B. I.?

—Nada. Les dije que seguía a un sospechoso y que se había escondido en el bar. Tu idea fue estupenda.

—¡Claro! Cuéntalo todo.

Los ojos de Lowell brillaban excitados por el placer.

—Fue la mar de sencillo. Apenas apareció el

F. B. I.,

con intenciones de registrarlo empezaron a escabullirse. Un cuarto de hora después no quedaba ni uno.

—¡Colosal! —exclamó Lowell.

—La cartera estaba en el escondite. Dije a mis compañeros que quería examinarla en busca de huellas dactilares.

Lou la echó sobre, la mesa.

—Bien, tómala.

El espía se bebió de un sorbo el contenido de su vaso antes de tocarla. Sus dedos temblaban.

—Ha sido un gran trabajo, Richter —exclamaba al desabrochar el cierre de la cartera.

Sus dedos, aún nerviosos de excitación, se introdujeron en el interior.

Sacó un fajo de papel, los papeles que creía encerraban su salvación y el proseguir de su existencia.

Y, de pronto, la sonrisa que le cruzaba el rostro quedó convertida en una mueca.

Sus labios se movieron, profiriendo sólo una ahogada maldición.

Lou le miraba sin pestañear, seguro y tranquilo.

—¿Dónde están los documentos? ¿Dónde?

El manojo de papeles fue proyectado contra la pared por Lowell. Había palidecido hasta quedar su cara más blanca que aquellas cuartillas inútiles.

Eso era lo que había dentro de la cartera: un montón de papeles inservibles, no los documentos que esperaba.

La vida del agente especial pendía de un hilo. Notó un movimiento de los secuaces de Lowell. Al mirarles, de reojo, vio que empuñaban sus armas.

El malhechor pasó de pronto de la lividez total a una especie de congestión. Las venas de su cuello se hinchaban.

Podía dar la orden de que acribillaran al policía. Pero con su muerte, la última posibilidad de recuperar los documentos se desvanecería.

La voz del agente especial sonó henchida de burla, fría, sin

embargo:

—¿Dónde quieres que estén, Lowell? En mi poder.

Echó sobre la mesa un trozo de papel, el que deslizara Lea en su mano durante la entrevista anterior con la banda.

—¿Reconoces esa letra? —inquiría.

Las manos de Lowell, dos garras, se apoderaron de la nota. Volvieron a llamear amenazadoramente sus ojos al pasar la vista por lo escrito.

—Lea me dio esto —le informó el agente especial—. Y yo he tomado mis precauciones.

—¡Perro, te voy a destrozar!

Sus hombres cayeron sobre Richter, que había permanecido sentado.

Le arrancaron de la silla. Un culatazo, que le alcanzó en la sien, le tiró al suelo.

Cuando intentaba incorporarse, le pegó un pie, salvajemente.

Esta vez Lou no se movió del suelo. Sabía cuál era la situación exacta. El hilo del que pendía su vida podía romperse si él ofrecía resistencia.

Dejó que sus palabras cayeran una a una entre los asesinos:

—Lea me avisaba en esa nota de tus intenciones. Tú pensabas matarnos a los dos en cuanto tuvieras la cartera. Por eso me apoderé de los documentos.

—Te dará lo mismo, Richter. Existen medios convincentes. Te romperemos uno a uno los huesos. Te despellejaremos poco a poco, a menos que nos digas dónde los has escondido. Vas a maldecir el día en que se te ocurrió esa trastada.

—Los documentos están en la División del

F. B. I.

Ve a buscarles.

Advirtió Lou que las piernas retrocedían un paso. Comprendió que el espía había ordenado por señas a sus sicarios que lo hicieran.

Era para el agente especial el primer triunfo del peligroso juego que había empezado.

—¿Has avisado al

F. B. I.?

La voz de Lowell había cambiado. Lou creyó percibir en ella un acento de temor.

—No tengas miedo —contestó—. Están en el F. B. I., pero nadie, salvo un amigo, lo sabe. Y sólo yo puedo hacer que salgan de la División.

Una mano brutal le agarró por el cuello, levantándolo en vilo.

Al soltarle, le cogió Lowell con fuerza, una carcajada entre los dientes.

—¡Vas a dar la orden de que los traigan, o te pesará toda la vida!

—Lo siento, Lowell. Sólo saldrán de allí cuando Lea llegue a la División. Y lo mejor es que me sueltes y dejes para otro tu furia.

Lou estaba dominando la situación. Lowell le obedeció inesperadamente.

—Así es mejor. Ahora vamos a discutir el asunto. Yo haré que traigan esos documentos en cuanto Lea entre en la División. Quiero que llegue sana y salva, sin un rasguño. ¿De acuerdo?

No contestaba Lowell. En su interior debía librarse una enorme lucha. De un lado, la conveniencia de contenerse; del otro, la rabia feroz que le impulsaba a matar al agente especial.

—Salvaré a Lea cueste lo que cueste. La amo de una forma que tú eres incapaz de comprender.

—¿Hasta el sacrificio de tu vida?

—Sí. Mi juego está montado para que Lea se salve de tus garras.

—¿No te importa tu propio pellejo?

Lou sonrió antes de contestar.

—Haré lo posible por salvarlo también, Lowell. Ya te convencerás de ello. Un acto de violencia por parte de tus hombres sólo traería fatales consecuencias para ti. Me explicaré yo mismo me revelaste que había más de una docena de tipos guardando el lugar donde estaba escondida la cartera. Y esos individuos querían tu muerte. ¿Por qué? Decidí averiguarlo al tiempo de rescatar esos documentos que tanto te interesan. Y organicé una redada por sorpresa. Antes te dije que cuando llegué al escondite no quedaba ni uno de ellos. Porque, antes, el

F. B. I.,  
los había agarrado a todos.

Una arruga se formaba en la frente del malhechor. Creyó que Lou Richter sería fácil presa para él cegado por el amor hacia Lea, y

se había confundido.

Prosiguió Lou:

—Antes de salir de la División para traer la cartera tomé parte en los interrogatorios. Uno cantó de lleno. Querían matarte. Apenas te descubrimos hace meses recibieron Ja orden de liquidarte. Porque sabías demasiado y de caer en manos del

F. B. I.,

toda la organización de espionaje peligraba. Tú no lo sospechaste. Te creyeron muerto, igual que nosotros. Y cometiste el error de presentarte a ellos. Escapaste gracias a éstos.

Señaló el agente especial a los secuaces del delincuente.

—Te persiguieron. En vez de huir, como era lógico, de la banda y del

F. B. I.,

te quedaste en Nueva York. La banda te cazaría tarde o temprano. Sólo si tú demostrabas que seguías siendo útil a tus antiguos jefes extranjeros la pena de muerte impuesta por tus excompañeros dejaría de cumplirse. Y habías escondido poco antes de tu primera evasión unos documentos de tal importancia, que de poder salir con ellos de los Estados Unidos y llegar a Europa volverías a ser considerado como imprescindible en la banda.

—Sí, es verdad.

Ahora hablaba Lowell roncamente. Algunas gotas de sudor perlaban su frente.

—Te habría sido sencillísimo salir de Norteamérica creyéndote nosotros muerto. Sólo una razón muy poderosa podía impedirte escapar para siempre a la justicia del

F. B. I.

Y esa razón son los documentos. ¿Me equivoco? —No.

—Lea ha sido sólo un instrumento en tus manos. Mi amor hacia ella te serviría para recuperar la cartera sin ningún riesgo. Calculaste mal mis fuerzas, Lowell. Yo me di cuenta de lo vital que era para ti la cartera.

—¡Acaba de una vez!

Daba la impresión el malhechor de que a fuerza de contenerse iba a ser víctima de un ataque.

—A eso voy. Lo he planeado todo al detalle. Un amigo tiene ahora los documentos. Puedes forzarme a que le llame por teléfono

para darle la orden de traerlos a la isla Ellis. Pero mis instrucciones son que ni siquiera a mí me obedezca, a menos que Lea esté ya a su lado, en la División.

Los malhechores cambiaron sus miradas. En los cuatro había nacido un solo plan: torturar al agente especial hasta que su amigo enviara los documentos.

Lowell tragó saliva, sin hablar aún.

La lancha que usé para llegar está esperando. Es rápida y la maneja un hombre con instrucciones. En el menos tiempo posible llevará a Lea a Manhattan. En cuanto yo calcule que ha llegado a la División, telefonearé a mí amigo, y, poco después, los documentos estarán en tu poder.

—¿Y el

F. B. I.?

Lo usarás en cuanto consigas rescatarla.

—No hay ningún compañero mío enterado del asunto. He venido solo y sólo volveré a Nueva York en cuanto cumpla mi palabra de entregarte los documentos.

—No te creo, Richter —aseguró Lowell—. Aunque acepto el trato. Lea saldrá de la isla dentro de unos minutos. Pero en cuanto cualquiera del

F. B. I.,

asome las narices a una milla de distancia, te acribillaremos a balazos.

Con un seco movimiento de cabeza, el fugitivo de la Ley ordenó a uno de sus hombres que saliera del barracón.

—Pon a esa mujer en la motora.

Luego se volvió al agente especial.

—Nunca has estado tan cerca de la muerte, Richter. Entrégame tu arma.

Lou sacó la «Luger», tendiéndosela por la culata a su enemigo.

—Nunca has realizado mejor negocio —dijo con serenidad, como si no hubiese oído la amenaza—. Una mujer a la que ni siquiera estimas un poco a cambio de lo que significa la vida para ti.

El malhechor descargó la pistola, tirando las abalas a un rincón.

—Hasta el momento de llegar esos documentos no podrás moverte de aquí. Y te estaremos vigilando.

—Poneos cómodos, muchachos —bromeaba Lou—. No os preocupéis demasiado por mí. Yo sólo intentaré luchar después de entregaros los papeles. Y entonces podéis prepararos para saber lo que es una pelea.

Cualquiera hubiese dicho al oírle hablar así que estaba loco. Su situación iba a ser desesperada dentro de poco, en cuanto la mujer a la que arrancaba de una muerte segura estuviese a salvo.

Los forajidos se miraron extrañados. Por nada del mundo se hubieran puesto en su lugar.

Lou extrajo su pitillera metálica. Eligió despacio un cigarrillo. Como si se complaciera en los momentos que atravesaba.

Las primeras bocanadas las echó hacia el techo. Inclinando la cabeza hacia arriba. Se había sentado cómodamente en una de las sillas, poniendo ambos pies sobre la vieja mesa de madera.

Sus enemigos le imitaron. No estaban tranquilos.

Y menos que ninguno, el propio Lowell.

—Anda, tú. Echa un vistazo fuera. En cuanto veas que se acerca algo sospechoso a la isla, avísame. Éste lo pasará muy mal.

—Está demasiado oscuro —opinó uno—. Pueden llegar a regio y sólo los descubriremos cuando estén encima.

—Pero antes de que den con este barracón, Richter estará acribillado.

Al salir el forajido para cumplir las órdenes del jefe regresaba el que había puesto en libertad a Lea.

—Quedaos con él y mucho ojo. Disparad a boca de jarro al menor intento que haga. Voy a mirar yo también.

Lou seguía sonriendo, muy entretenido en contemplar los círculos de humo que intentaba trazar en el aire.

Pasaron los minutos. Lowell volvió al barracón. Estaba, al parecer, más nervioso cada vez.

Por fin, el agente especial consultó su reloj de pulsera.

Se levantó, dirigiéndose a Lowell.

—Creo que ha tenido tiempo de llegar a la División. ¿Desde dónde puedo telefonear?

Le sacaron del barracón bien guardado. Uno de los delincuentes, delante, pistola en mano; otro, detrás, clavándole su revólver en la espalda. Peter Lowell abría la marcha.

Sobre Ellis Islands se extendía la niebla. La oscuridad impedía

ver más allá de pocas yardas. Se escuchaba el rumor del mar al romper contra las orillas de cemento.

Atravesaron un trozo despejado. Ante una especie de caseta, también de madera, se paró el grupo.

Lowell abrió de una patada la puerta.

—Entre. Al fondo, en la pared, está el teléfono.

No existía luz, aunque le ayudaron a sortear los obstáculos desparramados por el suelo con una linterna. Era una barraca llena de aparejos de pesca.

El agente especial descolgó el aparato, cubierto de polvo, y marcó el número de la Central del

F. B. I.

Seguía siendo una voz totalmente serena cuando rogó que le pusieran con el agente Gunther.

—«Alló», Dick —hablaba al poco—. ¿Ha llegado?

Debieron contestarle afirmativamente, porque añadió:

—De acuerdo. Coge eso que te dejé y sal de ahí. Dirígete en línea recta al puerto. Desde él ven a Ellis Island. Desembarca en un muelle destrozado que existe frente a Nueva York.

Lowell le susurró por detrás:

—Le haremos señales.

—Oye, Dick. Te harán señales. ¿De acuerdo?

Al descolgar, la sonrisa de Richter se acentuaba.

Nuevamente anduvieron por la oscuridad. Al penetrar en el barracón, el nerviosismo crecía entre los malhechores.

¿Qué juego tenía preparado el agente especial? ¿O estaba loco realmente y se iba a dejar matar?

Lo más lógico era que la isla Ellis estuviese ya rodeada por las fuerzas del

F. B. I.

En cuyo caso, Lou Richter sería asesinado sin remedio, cosido a balazos en Cuanto apareciera uno solo de sus compañeros.

Lowell tenía preparado un escape. No era hombre que dejara las cosas al azar. Por segunda vez dio comienzo la espera dentro del barracón. Esta vez, la última. Y después...

Lowell tragó saliva. Se había metido en un juego demasiado peligroso para recuperar aquellos documentos. Aunque sin ellos, podría contarse ya entre los muertos.

En cuanto estuvieran en su poder los papeles lograría rehabilitarse entre sus antiguos jefes. Sería nuevamente el hombre de una inteligencia capaz de haber vencido al

F. B. I.,

y a la condena impuesta por los suyos.

Mientras el resto vigilaba al agente especial, uno de los malhechores fue designado por Lowell para recibir al que debía llegar pronto ya, En voz baja, el jefe le dio las últimas órdenes.

Tardaron cerca de veinte minutos más en oírse pasos fuera del barracón.

Lou se puso en pie, rígido el cuerpo. Aquellas pisadas pertenecían a Dick, el hombre que traía los documentos.

El rostro de Lowell estaba tenso también. Sus ojos semejaban dos bolas de vidrio.

Empujaron la puerta desde fuera. Pudo oírse bien el chirriar de los goznes. Porque en aquel momento ni uno solo de los reunidos en el barracón respiraba siquiera.

Y Dick hizo su aparición. A su espalda, casi tocándole, llegaba el forajido que le había recibido.

Habló éste a Lowell:

—Nada sospechoso, jefe. Ha venido solo.

Todas las miradas se clavaron en el recién llegado, que avanzó hacia el interior del barracón. Era portador de una cartera.

La arrojó sobre la mesa.

—He cumplido tus órdenes al pie de la letra, Lou. Ahí están los papeles.

El que le seguía cerró la pieria al entrar también.

Eran dos hombres contra varios más. Y ninguno de los agentes especiales empuñaba un arma ni parecía preparado para la lucha.

Los forajidos, por el contrario, daban la impresión de que iban a empezar de uno momento a otro el jaleo.

La voz de Richter cayó extremadamente mordaz entre el grupo:

—Comprueba que no te he engañado, Lowell, antes de que intentes asesinarnos.

Como obedeciendo a una orden, que no llegó a formularse, los secuaces del espía sacaron sus armas.

Y Lowell abrió la segunda cartera en aquella noche. Los dos policías cambiaron una sola mirada de inteligencia.

Estaban de acuerdo. Y en estarlo, precisamente, les iba la vida.

Sólo existía una posibilidad a su favor, únicamente una: era la importancia de los documentos que el malhechor iba a sacar.

Un grito de alegría vibró en los labios de Lowell. A la primera ojeada reconoció los papeles. Eran los auténticos, los que significaban para él seguir viviendo.

Las cabezas de los criminales que le secundaban giraron, buscando todas las miradas lo que sostenían sus manos.

De un punto del barracón, inesperadamente, surgió un disparo.

La lámpara cayó hecha añicos sobre la mesa.

Y en la oscuridad empezó a oírse el seco aullido de las balas.

Pero ni Dick ni Richter estaban dónde segundos antes.

—¡Matadlos como a perros!

Las maldiciones se mezclaban a los estampidos. Fue un infierno de imprecaciones, de gritos, de rabia expresada de la peor forma.

Los fogonazos iluminaban muy brevemente los contornos de los que disparaban a matar.

Y, sin embargo, el característico aullar de las «Luger» no llegó a producirse.

Alguien derribó la mesa. Entre disparo y disparo pudieron escuchar cómo unos pies se movían cautelosamente.

—¡No os mováis, imbéciles! Nos acribillaremos entre nosotros.

Era la voz de Lowell, salvaje en su acento.

La advertencia no sirvió de nada ya.

Uno de los secuaces buscaba sin duda a cualquiera de los dos agentes especiales. Y pagó caro su intento.

Otro de los forajidos debió advertir el bulto de una persona acercándose a él y creer que se trataba de uno de los policías.

Disparó a quema ropa. El grito de dolor de su compañero vibró un momento dentro del barracón. Después, un cuerpo se desplomaba pesadamente contra el suelo.

Y entonces, cuando la pelea mortal pareció ceder un instante, ocurrió lo más extraño.

Por aquel interior, lleno ya del humo de la pólvora, empezó a flotar una especie de niebla gris algo más clara que la oscuridad.

Fue extendiéndose al tiempo que ganaba espesor y altura.

Un hombre tosió. Otro empezó a moverse con torpeza, intentando escapar o algo que no comprendía.

—Me asfi... xio.

Sólo Lowell debió comprender lo que pasaba. Su voz estentórea, gritó:

—¡A la puerta! ¡Están usando gases!

El cuerpo del capitán se lanzó el primero hacia ella, aunque, víctima ya del efecto del gas, lo hizo a trompicones.

El otro delincuente, sin duda al verse perdido, descargó a ciegas el plomo que aún le quedaba en la pistola.

Un cuerpo se desplomó, herido de muerte, cuando ya sus manos asían la madera de la puerta.

Después fue el silencio. Y en él estaba la muerte.

Desde un rincón, un rayo de luz lamió el suelo.

Al mismo tiempo, un hombre se ponía en pie.

Con ayuda de su linterna buscó al compañero. Era Lou Richter y trataba de encontrar a Dick.

El segundo agente especial estaba contra la pared del barracón, intentando incorporarse también. En su mano derecha empuñaba un arma, la que lanzó el gas. Su cara aparecía cubierta por una careta muy ligera.

Lou se acercó a su compañero, ayudándole a incorporarse. Vio a la luz de la linterna que tenía un muslo atravesado.

El, a su vez, mostró el hombro, del que goteaba la sangre.

Las caretas con que ambos se protegían no les dejaban hablar.

En el centro del barracón, Lou proyectó la luz en torno. El espectáculo que fueron descubriendo sus ojos demostraba la furia homicida que poseyó a los hombres de Lowell.

El jefe yacía junto a la puerta, sobre un charco de sangre. Otro forajido estaba sin vida también. En cuanto al resto, tardaría una hora por lo menos en recobrar el conocimiento. Y para entonces, las esposas del

F. B. I.,

ceñirían las muñecas de aquellos hombres que habían osado desafiar a la Ley.

Tras recoger los documentos dispersos por el suelo, los dos agentes especiales salieron de la cabaña.

Ayudado por Lou, Dick se dejó llevar.

Fuera ya, se quitaron las caretas. A sus espaldas, en el barracón, se disipaba lentamente el gas.

Sobre sus cabezas aparecían ya los helicópteros del  
F. B. I.

La tarea de los dos agentes especiales había terminado. El grupo que llegaba por el aire haría el resto.

—La verdad, Lou: nunca creí que escapáramos tan bien librados.

—No existía otra solución. Por eso decidí arriesgarlo todo. Tenía que salvar a Lea, aunque fuera con riesgo de mi vida. Y ya sabes: hemos triunfado.

—Oye: ¿qué demonios contienen estos papeles? Deben ser importantes. Fue por ellos por lo que se dejó atrapar ese loco.

—Para él lo significaban todo. Pensaba presentarse a sus antiguos jefes con los documentos. Y, de lograrlo, hubiera quedado rehabilitado de una manera formidable. Contienen una detallada relación de los principales agentes norteamericanos introducidos en los países enemigos.

Muy cerca aterrizó uno de los helicópteros.

Varios agentes especiales descendieron rápidamente del aparato, las metralletas en el brazo.

Lou les detuvo con un ademán.

—Ya no es necesario que las uséis —les informó—. Se acabó la lucha.

Ayudó a Dick a montar en el helicóptero.

—¿Tú no subes, Lou?

—Tardarán un buen rato en despegar de nuevo —dijo Lou—. Y yo tengo prisa. Una persona me espera en Nueva York.

Se dirigió hacia el muelle.

—Estás herido, Lou —gritó Dick—. No seas impaciente.

—Es sólo un rasguño —gritó, sin pararse—. Y Lea vale mucho más.

FIN



COLECCIONES DE  
**EDITORIAL ROLLAN**  
**¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!**

**WINCHESTER**

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

**AVENTURAS DEL F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

**EXTRA-OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

**VALIENTES**

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

**MENDOZA COLT**

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,25 pts.

**JEQUE BLANCO**

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

**F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !**

